

EL SILVER
BRUGUERA

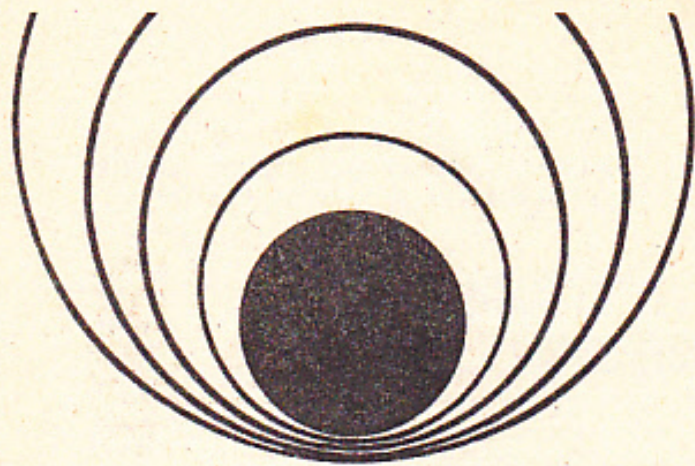
PUNTO
ROJO

LA MISTERIOSA MUERTE DE MISTER BRENNAN

Clark Carrados

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
LA MISTERIOSA MUERTE DE MISTER BRENNAN

Colección PUNTO ROJO n.º
1029 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

177 — Marcado para morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.638 — Modelo para un asesinato.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.024 — El muerto se divierte.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520 X Depósito legal: B. 35.892-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1982

© Clark Carrados -1982

texto

© Martin -1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1982

CAPITULO PRIMERO

La misteriosa muerte de Wilbur P. Brennan amenazó convertirse en un enigma que pareció iba a no ser solucionado jamás.

Mr. Brennan apareció muerto en su gabinete de trabajo, que era salón y biblioteca al mismo tiempo, con un agujero de bala a la altura del corazón. Lo que convirtió su muerte en un enigma fueron las circunstancias en que se había producido.

En el momento de morir, Mr. Brennan estaba solo. La puerta apareció cerrada con llave y ésta encima de la mesa de trabajo. Había dos grandes ventanas, pero estaban asimismo cerradas y los policías no observaron en ellas la menor señal de fuerza ni encontraron tampoco ningún cristal roto.

El inspector O'Grady, de Scotland Yard, llevó el peso de la investigación desde el primer momento y pudo darse cuenta de las extrañas circunstancias que rodeaban el caso.

En aquella estancia, la chimenea era puramente de adorno. El cañón estaba cegado desde hacía muchos años, lo cual excluía la hipótesis de que el asesino hubiese tomado aquella vía para penetrar en el salón y matar a Brennan. Además, se habrían observado rastros de hollín y el suelo estaba inmaculadamente limpio.

Las ventanas quedaron descartadas, porque, en los últimos tiempos, Brennan había hecho reforzar la seguridad de Dunbar Court, nombre de la propiedad en la cual residía. Aquellas ventanas sólo se podían abrir desde dentro, mediante un control situado en la mesa de trabajo. Un examen de dicho mecanismo, probó que las ventanas no habían sido abiertas en los momentos precedentes a la muerte de la víctima.

Bajo el mando del inspector O'Grady, secundado por su ayudante, el sargento Halburton, una nube de policías revisó la estancia hasta en sus mínimos detalles. No había puertas ni pasadizos secretos de ninguna clase.

El forense excluyó tajantemente la hipótesis de un suicidio.

—Primero, no había un arma sobre la mesa ni en ninguna parte. Segundo...

—No siga, doctor —cortó malhumorado el inspector O'Grady—. No se suicidó, porque el arma habría aparecido, y después de pegarse el tiro, no iba a tirarla por una ventana, ¿verdad?

El médico, ofendido, no quiso contestar y se marchó.

El sargento Halburton estaba examinando la gran estatua de bronce, situada a la derecha de la mesa, que representaba a una mujer

desnuda, de tamaño natural. Estaba sobre un pedestal de mármol, de color rojo oscuro, y era una auténtica obra de arte.

—Sargento, esto no es un museo —tronó el inspector—. Siga buscando pruebas...

—Sí, señor —contestó Halburton, joven y un tanto atolondrado en ocasiones.

—No irá a pensar que el asesino mató a su víctima golpeándole con esa estatua, ¿verdad? —dijo O'Grady sarcásticamente.

—Estaba pensando en otra cosa, señor.

—Su Majestad no le paga para que piense en tonterías, sargento. Piense solamente en lo que conviene al país.

—Sí, señor.

Todos los registros resultaron infructuosos. Al inspector empezó a dolerle la cabeza. Ya se imaginaba a sus jefes apremiándole para que encontrase al asesino y, en cuanto a la prensa, se estremecía al pensar en los artículos que se publicarían sobre el caso. Lo menos que dirían, aunque con buenas palabras, eso sí, era que la investigación estaba dirigida por un mulo bípedo y que el manjar predilecto del inspector era la cebada, y no precisamente después de su transformación en whisky o cerveza. En su fuero interno, maldijo mil veces al asesino y se preguntó, aunque en voz alta, por los móviles del crimen.

—A mi entender, está claro, señor —dijo el sargento Halburton—. Al señor Brennan se le calculaba, por lo bajo, una fortuna de dos millones de libras esterlinas. Si tiene herederos, y es de suponer que sí, ahí están los motivos de su muerte.

O'Grady se acarició el mentón, mientras contemplaba pensativamente a su ayudante. Shane Halburton era un joven que no había cumplido aún los treinta años, de mediana estatura, ancho de hombros y con unos brazos de cargador de muelle. La nariz del sargento estaba ligeramente torcida, debido a su ya abandonada afición al boxeo y el rostro, a primera vista, resultaba más bien chocante. Pero Halburton le había dado una idea que le hizo aumentar considerablemente la estima que sentía hacia él.

—Sí, es un buen motivo —convino.

* * *

Una semana más tarde, el misterio de la muerte de Mr. Brennan seguía sin desvelar. Nadie era capaz de adivinar cómo lo había hecho el asesino, para entrar en una habitación prácticamente inviolable, matar a su víctima y desaparecer después, sin que nadie le hubiera visto.

Ni siquiera se había oído el estampido del disparo fatal. Del arma homicida sólo había el menor rastro, aunque se conservaba el proyectil, extraído del cadáver. O'Grady habló con su jefe inmediato y le sugirió la idea de esperar hasta la lectura del testamento del difunto.

—Hay herederos... —lo había comprobado ya—. Dos millones de libras son una tentación para cualquiera y alguno de ellos fue el que liquidó al viejo.

—Brennan tenía solamente cincuenta años. No era un viejo, inspector —alegó el jefe.

—Precisamente por eso, alguien pensó en acelerar su muerte. El corazón de Brennan sólo podía pararse por la introducción de un cuerpo extraño. Una bala calibre treinta y dos, en este caso.

—Entonces, asistirá usted a la lectura del testamento.

—Si el abogado no tiene nada que objetar, y no creo que me lo niegue, señor.

—Está bien, siga adelante; Hay que encontrar al asesino o nos pondrán en entredicho, inspector.

O'Grady volvió a su despacho, donde ya le aguardaba su ayudante.

—Se me ha, ocurrido una idea, señor —dijo Halburton.

El inspector emitió un bufido.

—El testamento se abrirá la semana próxima y asistirán todos los herederos...

—Yo, por ejemplo.

—¿Era usted pariente de Brennan? —respingó O'Grady.

—Ojalá —sonrió el joven—. Pero usted podría hablar con el abogado y tratar de hacer una pequeña trampa.

—Eso no me gusta nada. Luego podríamos vernos en un lío...

—No lo creo, señor. El abogado podría mencionar un codicilo de última hora, en el que se me atribuye una manda de dos mil libras, por ejemplo. Por servicios prestados confidencialmente.

O'Grady consideró la proposición.

—Así tendría usted motivos para estar presente en la lectura del testamento —dijo.

—En efecto, señor. Usted ha interrogado a la mayoría de los herederos y éstos le conocen a usted. En cambio, a mí no me ha visto ninguno y no hace falta que mencione mi vinculación con el Yard.

—Shane, hijo, de verdad empiezo a pensar que es más listo de lo que aparenta. ¿Por qué no lo ha hecho saber hasta ahora?

Halburton sonrió.

—Mi natural modestia me ha impedido siempre mostrar mis verdaderas cualidades, señor.

—Ahora parece haber dado de lado tan elogiabiles sentimientos
—comentó O'Grady cáusticamente

—Es que ya es hora de emerger a la superficie con mi verdadero carácter: fuerte, noble, inteligente...

—Pero no guapo

Halburton se dio un ligero papirotazo en la nariz.

—Algún día me gastaré unos cientos de libras en la cirugía estética —comentó desenvueltamente.

—Está bien. Hablaré con el abogado de Mr. Brennan. Si él accede, por mí, encantado. Pero me gustaría saber qué i papel me ha asignado usted a mí, si con esta petición no hiero su innata modestia.

—Oh, señor, cuánto celebro que me lo pregunte. Presiento que la solución del enigma está en Dunbar Court. ¿Por qué no se disfraza un poco y hace que lo contraten como jardinero? Usted cultiva unas rosas maravillosas en su propio jardín...

O'Grady sonrió, halagado por los elogios de su subordinado.

—Gracias. Cuando se case, enviaré Un ramo a su esposa. Pero, ¿cómo puede garantizarme que me darán esa plaza de jardinero?

—Ahora está vacante, señor.

O'Grady miró oblicuamente a su subordinado.

—Shane, hijito., ¿acaso quiere quitarme el puesto?

—No, señor, simplemente, ocuparlo... cuando usted ascienda, por supuesto.

Los dos hombres se contemplaron en silencio un momento. Luego se echaron a reír simultáneamente.

—De acuerdo, voy a ver al abogado —dijo O'Grady.

—En cambio, yo voy a ver a otra persona —manifestó el joven.

—¿Puedo saber quién es? ¿O considera ese detalle incluido en la Ley de Secretos Oficiales?

Halburton abrió la puerta, para que su superior pasara el primero.

—Voy a ver al escultor que hizo la estatua que vimos en el despacho de Brennan —contestó.

—¿Lo conoce?

—Vi su firma en el pedestal, señor.

—¿Cree que eso tiene que ver algo con el caso?

—No, señor. Es que me gustaría conocer a la modelo. O'Grady alzó los ojos al cielo.

—Con esta juventud, no me extraña que el imperio se haya ido a pique —dijo lúgubrememente.

El hombre empujó la puertecita de la tienda y sonó una campanilla. A los pocos momentos, un individuo, que portaba una bata blanca, bastante sucia, apareció detrás del mostrador.

—¿Qué desea, caballero? —preguntó.

El cliente paseó la mirada por el interior de la tienda. Luego fijó la vista en su dueño, un sujeto de unos cincuenta años, medio calvo y más bien bajo de estatura.

—Usted es Harvell Jones —dijo al cabo.

—Sí, señor, así me llamo.

—Hace algún tiempo, hizo un determinado trabajo para un caballero llamado Wilbur P. Brennan, en Dunbar Court.

—No, señor, en absoluto.

—¿Está seguro?

—Totalmente. Jamás he oído hablar del tal Brennan ni he estado en mi vida en Dunbar Court. Usted, lamento decirlo, se equivoca, señor.

—Smith —dijo secamente el cliente.

—Señor Smith, insisto, se equivoca.

—No.

Jones miró fijamente a su visitante.

—Permítame, señor Smith...

—Quiero encargarle algo igual a lo que hizo para Brennan. Vamos adentro, a su taller. Le pagaré bien.

Jones vaciló. Aquel tipo estaba chiflado. Debía seguirle la corriente, pensó.

—Está bien, entre.

Los dos hombres pasaron al taller. Smith vio al fondo un pequeño escritorio, con algunos papeles y un par de libros de cuentas.

—Señor Jones, estoy seguro de que Brennan le pagó bien para que no divulgara el trabajo que le había hecho en Dunbar Court. Estoy dispuesto a doblar la suma, si me lo dice a mí.

Jones se impacientó.

—Ya le he dicho que no...

Bruscamente, se calló. El visitante le apuntaba con una pistola.

—Lo mismo me da —murmuró.

Fríamente, apretó el gatillo. Jones se desplomó sin lanzar un grito.

El asesino miró un instante hacia la puerta. Estaba cerrada. Además, había sido reforzada con una gruesa plancha de metal. Allí, en el taller, había materiales de bastante valor. La precaución resultaba lógica, pero ello favorecía al asesino, quien estaba seguro de que el estampido no había sido oído desde el exterior.

Pasó por encima del cadáver, guardó la pistola, se puso unos

guantes y empezó a registrarlo todo.

CAPITULO II

La chica llegó en un Mini de color verde y, al apearse, mostró unas piernas preciosas. Halburton se felicitó de que ella no llevase pantalones.

Era muy hermosa, de pelo rubio oscuro, ojos grises y sonrisa cautivadora. Vestía con gran sencillez; sus ropas eran baratas, pero tenían un toque personal que las convertía en un modelo exclusivo.

Halburton salió a su encuentro.

—¿Prunella Stevens?

—Sí —contestó la muchacha—. ¿Cómo lo sabe?

—La he visto ahí adentro —respondió él—. Yo soy Shane Halburton. Pero puedes llamarme Shane a secas.

Ella le tendió la mano espontáneamente.

—Encantada, Shane. ¿También heredas?

—Así parece. El viejo me dejó algo, creo.

—Eres familiar...

—No, no lo soy. Trabajé para él, en tiempos. Tú sí eres de la familia, ¿no?

—Hija de su hermana Abigail. ¿Han venido más heredados?

—Eres la segunda. Yo soy el primero. Creo que los demás vendrán entre hoy y mañana. Si me permites, te ayudaré a entrar el equipaje...

—Gracias —contestó Prunella.

Cuando se disponían a entrar, apareció en el umbral un imponente sujeto, vestido de una forma peculiar.

—Bienvenida a Dunbar Court, señorita —dijo el mayordomo.

—Se llama Hodges —indicó Halburton.

—Encantada, Hodges —dijo la muchacha—. Soy Prunella Stevens, la hija de Abigail.

—Celebro infinito conocerla, señorita —respondió Hodges—. Su equipaje, por favor; la acompañaré a su habitación inmediatamente.

—Gracias. —Ella se volvió hacia el joven—. Nos veremos luego, Shane.

Halburton sonrió.

—Voy a pedirle una rosa al jardinero —manifestó—. Te la enviaré en seguida.

Prunella le dirigió una encantadora sonrisa. Halburton se acercó al hombre que estaba podando unos rosales. Era un sujeto cincuentón, casi completamente calvo y con un mostacho que parecía un cepillo para caballos.

—Una rosa, Ben, por favor —pidió.

El inspector O. Grady le miró enojadamente.

—La peluca... bueno, la falsa calva acabará cociéndome los sesos. En cuanto al bigote, como me dé la alergia, tendré que afeitármelo... —se quejó.

—En peores se ha visto —contestó el joven.

O'Grady cortó la rosa y se la entregó. Halburton regresó a la casa, oliendo la flor distraídamente. En el vestíbulo se encontró con una mujer de unos cuarenta y tantos años, muy pintada y con una indumentaria propia de una chiquilla de quince.

—Una rosa magnífica —exclamó—. ¿De dónde la ha sacado, Shane?

—Se la pedí al jardinero, señora Kirr —dijo Halburton.

Alguien lanzó un grito desde la entrada del salón principal.

—Carol, por todos los diablos, ¿es que no sabes contenerte? En cuanto ves unos pantalones que no son los de tu esposo, enloqueces como una ninfómana. Compórtate como una Brennan, demonios.

—En tal caso, tendría que matarte, querido —respondió la señora Kirr, sin amilanarse por el tono hostil de su esposo.

Miró al joven y sonrió—. Philip es inglés, pero a veces pienso que nació en la Arabia.

—Si yo fuese su esposo, también tendría celos de todos los hombres que hablasen con usted, señora —contestó Halburton galantemente.

Carol había sido la hermana menor del difunto y esperaba heredar un buen pellizco. A ella y a su esposo les vendría bien la herencia; estaban arruinados y él, pese a sus protestas, no sabía hacer absolutamente nada. Era un vago de nacimiento y la sola mención de la palabra trabajo le causaba sudores fríos y temblor de miembros.

Ella le guiñó un ojo y se marchó. «En el fondo, tu marido debe de tener algo de razón», pensó Halburton.

Una doncella se le acercó a poco.

—¿Desea que le sirva una taza de té, señor? —consultó.

—Gracias —respondió él—. Esperaré a que baje la señorita Prunella

La criada hizo una genuflexión.

—Muy bien, señor.

* * *

Prunella apareció media hora más tarde, ataviada con un sencillo

pullover y, para desesperación de Halburton, con pantalones. Pero el joven fue lo suficientemente discreto para no mostrar su decepción.

—Tú me has conocido, pero no nos habíamos visto antes, que yo sepa —dijo la muchacha—. ¿Cómo se explica eso, Shane?

Halburton hizo una señal con la mano.

—Ven, por favor.

Prunella le siguió hasta el que había sido gabinete privado del dueño de la mansión. Halburton le enseñó la estatua de bronce.

—Tiene tus facciones —dijo.

—Oh, de modo que viste la estatua...

—Estás retratada con toda fidelidad.

—¿Conocías al escultor?

—No le he visto en mi vida. Pero vi la estatua antes de que llegases.

Halburton no era totalmente sincero. Había ido a interrogar al escultor, aunque su esposa le dijo que estaba de viaje en Italia. Sin embargo, la mujer le había facilitado el nombre de la modelo.

—Era conocido de mi padre y me pidió que posara para él —explicó la muchacha—. No pude resistirme, compréndelo, aunque siempre usé un traje de baño.

—Oh, no te reprocharía nada —dijo Halburton.

La doncella entró con una bandeja. Halburton se la tomó y la puso encima de la mesa. Prunella paseó la mirada a su alrededor.

—De modo que aquí fue donde murió asesinado mi tío —murmuró.

—Así es. Bueno, yo no lo vi, pero lo he oído muchas veces... ¿Leche?

—Unas gotas, y un terrón de azúcar, por favor.

—¿Heredarás mucho?

—No lo sé todavía. Hace muchísimos años que no veía a tío Wilbur. Estaba muy distanciado de mis padres. En general, de todos sus hermanos. No tenía ninguna simpatía a la familia. Decía que todos éramos buitres, que revoloteábamos sobre su dinero... Una vez, mamá, yo tenía entonces doce años, pero lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer, le dijo que era el ejemplar perfecto de un canalla y el alcaloide de los tipos miserables y repugnantes. Tío Wilbur nos echó de su casa y desde entonces, no volvimos a verle.

—Debo suponer, por tanto, que viven tus padres todavía. ¿Cómo es que no han venido a la lectura del testamento?

—Mi padre me envió en su representación, con poderes legales, que mostraré si es preciso. Dijo que no quería volver aquí, a menos que le trajesen encadenado. También es un poco

rencoroso, pero no se lo voy a reprochar, como puedes comprender.

—Es la conducta propia de una hija —sonrió Halburton.

—Gradas. Oye, ¿de veras fue tan misteriosa la muerte de mi tío? Nadie vio ni oyó nada, y él apareció muerto aquí, cerrado por dentro... Eso parece de película, ¿verdad?

Halburton tomó un sorbo de té

—Desgraciadamente, fue un suceso real, que lleva de cabeza a la policía y a los periodistas especializados en sucesos truculentos. Es todo lo que te puedo decir por ahora.

Prunella se encogió de hombros.

—Eso me trae sin cuidado —declaró—. ¿Sabes si han venido más herederos?

—Yo sólo he visto a los Kirr, es decir, a tu tía Carol. Los demás no tardarán en llegar; a fin de cuentas, hasta pasado mañana no será la lectura del testamento.

—La verdad, no es que enloquezca pensando en el dinero que haya podido dejarnos, pero siento curiosidad por saber lo que dispuso tío Wilbur en vida. ¿Tú no?

Halburton hizo un gesto ambiguo.

—Me habrá dejado unos denlos de libras —contestó—. Como no esperaba nada, cualquier suma será siempre bienvenida.

De pronto, se oyeron voces en el vestíbulo.

—Llegan más herederos —sonrió la chica

Halburton se acercó a la puerta y la abrió. Hodges estaba recibiendo a una pareja de unos cincuenta y tantos años cada uno, vestidos con relativa modestia. Parecían un matrimonio cansado, que no tenía nada que esperar ya de la vida. El tenía el pelo casi blanco y su mujer no parecía preocuparse apenas por el aspecto personal.

—Son los Meedy —dijo Prunella—. Tío y tía Emily. Ella es la mayor de los hermanos Brennan. Con tu permiso, Shane, voy a saludarles.

Halburton asintió y volvió a la mesa, para terminar el té. Aún faltaban cuatro, personas más, todos ellos parientes del difunto en distinto grado. Llegarían entre aquel día y el siguiente. Al tercero, el abogado procedería a la lectura del testamento.

* * *

Al atardecer llegó una despampanante rubia, ataviada con un costoso abrigo de armiño, cuya presencia en la mansión provocó una auténtica sensación entre todos sus habitantes, tanto entre los huéspedes como entre la servidumbre. Halburton se preguntó qué relación podría haber existido entre la rubia y el difunto.

Ella tenía unos treinta años y parecía repleta de experiencia en todos los aspectos de la vida. Sentíase muy orgullosa de su

corpulenta figura y cada gesto, cada movimiento, tenían como objetivo hacer resaltar sus encantos.

Cuando vio a Halburton, le tendió una mano, a la vez que le dirigía una tórrida mirada.

—Boxeador —dijo.

—Una caída cuando era niño —sonrió el joven, mientras se tocaba la nariz con la mano libre—. Lamento defraudarla, señora, pero lo ignoro todo acerca del noble arte del pugilismo.

—¿Quién lo diría? —suspiró la rubia—. Pero, de todos modos, tiene un aspecto fantástico... Ah, me llamo Dora Teale.

—Shane Halburton —se presentó él.

—Shane, llámame Dora.

El joven hizo un leve gesto.

—Con mucho gusto, Dora. ¿También pariente de Wilbur?

Ella soltó una risita.

—Nuestro parentesco no tenía nada que ver con la sangre ni con documentos legales, Shane.

Le guiñó un ojo y echó a andar, arrastrando la capa de armiño, como una estrella de *music-hall*. Hodges, el impasible mayordomo, aguardaba a un lado.

—La conduciré a su habitación, señorita —dijo.

—Gracias, pero, antes, dígame una cosa: ¿le ha descartado la policía como sospechoso?

Halburton esperó ansiosamente la respuesta. El impasible Hodges, sin embargo, tuvo un inesperado rasgo de humor.

—Como no encuentren al verdadero culpable, acabaré por cargar con el muerto, señorita; y usted dispense la vulgaridad de la expresión.

—No creo que haya sido él —dijo de pronto Lou Meedy, a espaldas del joven.

Halburton se volvió.

—Supongo que se refiere al mayordomo.

—Claro. Pero, ¿por qué asesinarlo? ¿Por unos cientos de libras, que le habrá dejado como máximo? No resultaría lógico, me parece.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Meedy.

—Yo soy mucho más sospechoso. Pude haber matado a Wilbur con más motivos que nadie. Pero no lo hice, naturalmente.

—¿Por qué habría de ser sospechoso?

Meedy sonrió enigmáticamente.

—Piense bien, hombre. Mi mujer era hermana del muerto. Le tocará un buen pellizco. Tal vez tres o cuatrocientas mil libras. Un buen motivo para liquidar a un hombre rico, ¿verdad?

Meedy se alejó con paso inseguro, dejando tras de sí una

inconfundible estela de perfume alcohólico. Halburton meneó la cabeza.

Estaba seguro de que el hombre se hallaba bajo el completo dominio de su esposa. En su casa, Meedy no probaría el licor. Ahora gozaba de cierta libertad y procuraría desquitarse. Habría que ver lo que sucedería después, si se cumplían sus predicciones acerca de la suma que esperaba heredar. Halburton previó días difíciles para la señora Meedy.

Un coche se paró frente a la casa y de él se apeó un sujeto alto, elegante, un tanto pomposo y de unos treinta y cinco años de edad. Hodges salió a recibirle.

—Bien venido, señor Spann —oyó Halburton.

—Celebro verle, Hodges —dijo el recién llegado—. ¿Alguna novedad?

—Faltan todavía dos de los herederos, el señor Brennan y la señora Simpson. Espero que lleguen entre esta noche y mañana, señor.

—Yo también —sonrió Spann—. La cena, supongo, a la hora de costumbre.

—En efecto, señor. Permítame, le subiré el equipaje a su habitación...

Halburton regresó de nuevo al interior de la estancia. Pensativo, miró largamente a su alrededor. ¿Cómo diablos se las había arreglado el asesino para cometer el crimen?

Tenía la impresión de que debía de ser uno de los herederos, pero, ¿qué ocurriría si sus sospechas no llegaban a cristalizarse?

Era preferible no pensar en ello. Ya se veía nuevamente de uniforme, dirigiendo el tráfico en alguno de los barrios más apartados de Londres. Y era una perspectiva que no le agradaba en absoluto.

CAPITULO III

Maggie Simpson llegó al día siguiente, a media mañana. Era una mujer de unos cincuenta años, de aire jovial y abundante figura. Hacía un par de años que se había quedado viuda, pero, dijo, ya se había recobrado del golpe y ahora quería pasarlo lo mejor que le fuera posible.

—Con el permiso de mi difunto hermano —añadió.

—Ah, ¿necesita el permiso de los muertos? —rió Halburton.

—Si me ha desheredado, cosa no imposible en aquel hombre imposible, no podré divertirme como espero.

—Parece ser que no estaba en demasiadas buenas relaciones con el difunto.

—¿Quién de sus hermanos lo estaba? Lamento tener que hablar así de un muerto de mi propia sangre, y ojalá estuviera vivo... pero Wilbur fue el tipo más repugnante que se pueda imaginar, joven. Y no le hablo de la forma en que consiguió su fortuna, porque sé detalles que le pondrían los pelos de punta.

—Ahora ya descansa en paz. Olvide sus intemperancias, señora. Maggie se encogió de hombros.

—Quizá la última de sus «bromas» consista en dejar toda su fortuna al Asilo de Huérfanos de Cojos de la Pierna Derecha o algo parecido.

Sonó una estruendosa carcajada. Halburton y Maggie se volvieron. Spann reía a más y mejor a pocos pasos de distancia.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor, señora

—dijo Spann.

—Gracias, pollo, pero, dígame, ¿quién es usted?

—Mike Spann, su incondicional servidor, señora —contestó el hombre, a la vez que hacía una profunda inclinación de cabeza.

—Que yo sepa, jamás hubo un Spann en la familia —observó Maggie.

—No, no pertenezco a la familia, pero el difunto y yo tuvimos negocios en común. Sé que me habló de que, a su muerte, me dejaría algún dinero y, en efecto, estoy convocado por el abogado, aunque ignoro más detalles al respecto.

—Conque negocios, ¿eh?

—Así es, señora, pero, si me lo permite, me reservaré la índole de esos negocios.

—Seguramente, tendrían mucho que ver con los aranceles de aduanas, que debían de considerar muy altos —dijo de pronto Dora Teale.

Spann se volvió. Su gesta se endureció.

—Nunca hicimos nada delictivo y menos contrabando —protestó.

—¡Ja, ja! —exclamó la rubia burlonamente. Haciendo ondular sus caderas, se acercó a Halburton y le agarró por un brazo—. ¿Por qué no me acompañas a dar una vuelta por el parque?

—Con mucho gusto —accedió el joven—. Dispensen...

Dora se apoyó en él con demasiada fuerza. Halburton podía sentir en su antebrazo la cálida presión del seno izquierdo de la joven.

—Parece que conoces mucho a Spann —comentó, pasados unos momentos.

—¡Ugh! —dijo ella.

—No es una respuesta muy esclarecedora.

—Es que no me gusta hablar mal de los perdedores.

—¿Perdedor Spann? Parece la viva estampa del triunfador en todo y contra todos...

—Es sólo pura fachada. Debajo no hay nada, como en los decorados de cine. Ha desempeñado mil oficios y en todos ha fracasado. El único que le da resultado, a veces, es el de amigo de las mujeres ricas.

—Al menos, tiene buena figura.

—Y no le falta labia, pero la cosa no pasa de ahí. Tampoco llegará a ser algo en esa profesión.

—¿No habrá algo de despecho en tus comentarios?

—Algo, sí, lo admito. Hace algunos años, me dejé embaucar por él. Le presté mil libras... y luego, la del humo. Como no hubo papeles, no se las puedo reclamar. Y aunque tuviera un recibo, tampoco conseguiría nada. Pero gracias a eso, logré la experiencia suficiente para no hacerle más caso en los días de mi vida. En cambio, esa viuda, la Simpson, como se descuide, acabará en cueros vivos.

—Dora, por Dios —se escandalizó Halburton.

—No es una frase metafórica, Shane.

—Vaya un pajarraco —murmuró el joven—. Y tú, ¿qué relaciones tenías con el difunto?

Ella le dirigió una mirada maliciosa.

—Adivínalo, hombre. Wilbur no se casó nunca, lo cual no significa que fuese enemigo de las mujeres. Modestia aparte, yo le impresioné bastante y fui la única en su vida, durante estos últimos años. Por eso, quizá, me ha dejado algún dinero en el testamento.

—¿Venías aquí a verle o iba él a Londres?

—Regularmente, venía un par de veces al mes, durante los fines de semana. Es curioso, pero la última vez que iba a venir, cuando ya me disponía a salir de casa, me llamó para decirme que me quedase en Londres, porque iba a recibir una visita muy importante. Prometió ir el lunes a verme, pero ya no tuvo tiempo;

murió el domingo por la noche, como seguramente recuerdas.

—¿No te dije quién era la visita?

—No, ni yo se lo pregunté. Shane, no era curiosa respecto de los negocios de Wilbur. Comprende mi posición.

—Sí, claro.

Caminando, habían llegado a una gran glorieta situada casi en el centro del enorme parque. En uno de los lados, se veía un templete de estilo clásico, situado al borde de un estanque que tenía más de veinte metros de diámetro.

Un surtidor arrojaba agua lánguidamente. La superficie de las aguas estaba cubierta en parte por las hojas que ya empezaban a caer de los árboles. El estanque estaba protegido por un parapeto bajo, de la altura de los bancos de piedra que había en distintos puntos de la glorieta.

Dora se sentó en el parapeto y cruzó las piernas.

—Share, ¿qué relación tenías tú con Wilbur? —preguntó.

—Hice algunos trabajos discretos para él —contestó el joven—. Investigaciones personales.

—Ah, eres un detective privado.

—Algo por el estilo, pero no se lo repitas a nadie, por favor.

—La vida me ha enseñado a callar cuando es conveniente —declaró Dora.

—Gracias. —Halburton puso un pie en el parapeto y apoyó el codo en la rodilla—. Dora, ¿qué haces ahora?

Ella se atusó la frondosa cabellera rubia.

—De momento, nada. Wilbur me pasaba un... salario mensual, pero eso se ha acabado ya. Quizá monte algún negocio, si la herencia merece la pena. De lo contrario... tal vez busque a otro tipo rico. La vida, Shane —suspiró ella—, es' asquerosa, pero a todos nos gusta vivirla lo mejor posible ¿no crees?

—Sí, desgraciadamente, es así.

Dora seguía atusándose los cabellos. De pronto, soltó una risita.

—Si me hubiera traído un espejo... Suerte que el estanque lo parece —dijo.

Y se inclinó un poco hacia adelante, a fin de conseguir ver reflejadas sus facciones en las tranquilas aguas del estanque.

De pronto, hizo una mueca.

—Vaya, qué cara tan distinta me hace este espejo líquido —exclamó.

—Los espejos son siempre fieles a la realidad, Dora.

—Sí, pero aunque me desfigurase algo, debería ver el color rubio del pelo y lo estoy viendo negro.

Halburton retiró el pie, se inclinó, apoyándose en ambas manos, y miró hacia abajo. Un segundo después, agarraba a Dora

por un brazo y la retiraba de allí vivamente.

—Hay un cadáver en el fondo —exclamó.

Ella emitió un agudo chillido. Halburton apenas sí tuvo tiempo de sostenerla en brazos, para evitar que chocase contra el suelo al perder el conocimiento.

Sosteniéndola en vilo la llevó a uno de los bancos y la dejó tendida allí. Regresó al estanque y mojó el pañuelo, con ánimo de reanimarla. Pero no pudo evitar echar una nueva mirada al hombre que yacía a medio metro de la superficie, con los ojos desmesuradamente abiertos y con un aspecto que indicaba claramente que había abandonado la existencia mucho rato antes.

* * *

El cadáver fue extraído del estanque y, tras un rápido examen por parte del forense, conducido a la ambulancia. El médico se volvió hacia el policía encargado de la investigación.

—Seguramente, muerte por inmersión. He tocado un bulto en la parte posterior de la cabeza. Eso parece indicar que le privaron del sentido antes de lanzarlo al agua, mediante un fuerte golpe, propinado con algún objeto contundente. Por el momento, es todo lo que puedo decirle, salvo que la muerte debió de producirse hacia la madrugada, cuando aún no era de día. Pero ya le daré un informe completo, cuando haya hecho la autopsia.

—Está bien, doctor —dijo el policía—. Haremos las investigaciones pertinentes. No sabemos quién era el muerto y no llevaba documentación encima, pero se le pueden tomar las huellas dactilares, supongo.

—Oh, sí, desde luego —contestó el forense.

Luego, el policía empezó a interrogar a todos los habitantes de Dunbar Court. Maggie Simpson hizo un comentario sarcástico.

—Empieza bien la sesión, con un asesinato como aperitivo —dijo.

—Debía de ser algún merodeador —apuntó Spann—. Yo apostaría algo a que estaba bebido y que quiso refrescarse en el estanque. Cayó, se golpeó, perdió el sentido y se ahogó, eso es todo.

—Una hipótesis muy razonable —convino Philip Kirr.

Carol se volvió hacia el joven.

—Y usted, ¿qué opina, Shane?

—En principio, estoy de acuerdo con el señor Spann, señora —respondió Halburton.

—Pero el médico ha dicho que tenía el golpe en la nuca —alegó Prunella—. Un hombre que se inclina hacia el agua para beber o para refrescarse, no puede golpearse nunca en la parte posterior de la cabeza.

—Quizá cayó con demasiada fuerza y se golpeó contra el fondo de cemento del estanque —intervino Meedy.

De pronto, Halburton vio a lo lejos al «jardinero». El inspector le hizo una seña disimulada. Halburton contestó de la misma manera. Luego iría a verle.

Más tarde, regresaron a la casa. Cuando entraban, oyeron un destemplado vozarrón:

—De modo que a mi hermano le ajustaron por fin las cuentas. Bien, bien, sólo deseo que la policía no encuentre jamás al asesino, aunque me gustaría conocerle, a título privado, para estrecharle la mano y felicitarle por su beneficiosa acción. A todos nos hizo un gran favor, el que consumió una bala en el podrido corazón de Wilbur.

Halburton oyó aquella violenta filípica y se sorprendió enormemente. Al cruzar el umbral, vio a un hombretón, de unos cuarenta y cinco años, todavía muy vigoroso, y de rostro tostado, vestido con ropas baratas y fuertes. El mayordomo, a su lado, escuchaba con paciente cortesía las virulentas palabras del sujeto.

—Sí, señor Brennan, como usted diga...

Ej recién llegado se volvió de pronto.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Prunella Stevens, la hija de tu hermana Abigail, tío August —contestó la muchacha—. El caballero que me acompaña es Shane Halburton.

Brennan entrecerró los ojos.

—De modo que tú eres la pequeña Prunella —murmuró, repentinamente amansado—. Hace muchos años que no veo a nadie de la familia... Claro que allá, en el Canadá, se vive de muy distinta manera, muy lejos de Inglaterra... ¿Tu novio, Prunella?

—No, señor; nos hemos conocido aquí recientemente —dijo Halburton.

—Ah —dijo Brennan—, Bueno, celebro conocerle, muchacho.

—Gracias, señor.

—Toda la familia está aquí, tío —dijo la muchacha—. Te gustará volver a verlos, después de tantos años. Mis padres, sin embargo, no han venido. Yo estoy representándoles a ellos para la lectura del testamento.

—Tus padres saben lo que se hacen, muchacha. Wilbur murió y no So lamento, a pesar de que tuvimos la misma madre. Siempre fue un sujeto rencoroso, ruin, vengativo... La verdad, no sé por

qué he venido aquí, si no me hace falta el dinero.

—Algo le habrá dejado su hermano, señor —sonrió Halburton.

—Wilbur estuvo a punto de arruinarme en una ocasión, y lo hubiera conseguido, de no haberme espabilado yo a tiempo. Me hizo una mala jugada y prometí no volver a verle jamás.

—Ahora está muerto, tío —dijo Prunella suavemente.

—Nosotros puede que nos hayamos quedado tranquilos, pero Satanás ha perdido el sueño para siempre —respondió Brennan cáusticamente—. Bueno, muchachos, os veré a la hora de la cena.

Halburton contempló al hombre que se alejaba hacia la escalera.

—Tienes un pariente muy pintoresco —comentó.

—Algunas personas fingen lo que no son, para ocultar su debilidad de carácter —respondió ella.

—Tío August no lo parece, Prunella.

—No te fíes, Shane. De todos modos, dejará de gritar cuando se entere de lo que le dejó su vituperable hermano.

—Dos millones, a repartir entre cinco hermanos, tocan a cuatrocientas mil libras cada uno, menos las mandas que haya podido dejar para la servidumbre y otras personas. Una bonita suma, ¿no cree?

—Espera a mañana, Shane —dijo Prunella calmamente—. En vida, tío Wilbur nos dio muchas sorpresas. Puede que nos dé la última con su testamento.

CAPITULO IV

Después de cenar, Halburton salió de la casa, aparentemente con la idea de dar un paseo por los jardines inmediatos. Al cabo de unos minutos, vio surgir una sombra en la oscuridad.

—Hola, jefe —saludó.

—Usted en la mansión, con los invitados, dándose la gran vida. Yo, convertido en un vulgar jardinero, en un pabellón lleno de pulgas... —se lamentó el inspector.

—Es la vida Usted, aun sin disfraz, tiene cara de jardinero de casa grande —rió el joven—, A mi me creen un antiguo investigador del difunto y no hago nada por sacarles del error.

—Está bien. ¿Ha averiguado algo?

—El muerto no gozaba de simpatías, ni siquiera entre sus propios hermanos. A decir verdad, todos se han alegrado de su muerte, aunque algunos no lo demuestren. Pero eso no prueba que el asesino figure entre los habitantes de Dunbar Court.

—No se fíe, muchacho. Vigile, especialmente, a los Kirr. Eran los únicos que acudían aquí con cierta frecuencia, una vez al mes, por lo menos. Ella quería conquistarle. Wilbur les insultaba atrocemente y se burlaba de ellos con absoluta desconsideración, pero lo soportaban todo, incluso las hormas más groseras. Presumen mucho, pero están en las últimas.

—Parece que se ha enterado de muchas cosas — comentó el joven.

—Estoy entre la servidumbre y hay mucho cotilleo —respondió O'Grady.

—Comprendo. ¿Hay algún sospechoso más?

—Sospechosos los son todos. Los Meedy también andan escasos de dinero.

—¿Qué me dice del hermano recién llegado del Canadá?

—También tenía motivos para desear la muerte de Brennan, aunque si ha llegado ayer, como dice, debemos descartarle.

—Perfectamente, seguiré vigilando. Ah, ¿qué me dice del muerto del estanque?

—Mañana tendré información sobre él. Es posible, en efecto, que se trate de un vagabundo que se introdujo en el parque y que cayera accidentalmente en el estanque.

—Recibió el golpe en la nuca.

—Eso no quiere decir nada. Sí estaba borracho... Bueno, hay caídas rarísimas, que parecen inexplicables, hasta que se conoce la forma exacta en que se produjeron. De todos modos, no descartaremos la posibilidad de un asesinato.

—Ningún miembro de la servidumbre So conocía. Todos llevan

aquí años y conocen a los vecinos del pueblo inmediato bastante bien, altos y bajos... y a los dos vagabundos de plantilla que hay en el pueblo. ES muerto les resultó perfectamente desconocido.

O'Grady lanzó una maldición en voz baja, a la vez que se rascaba furiosamente el sobaco izquierdo.

—Condenadas pulgas... Tendré que desinfectar a fondo mi cuarto.

—Use un martillo; es el método más efectivo —dijo Halburton, riendo en tono bajo.

Regresó a la casa. Había una especie de tertulia en el salón, pero no quiso permanecer allí mucho tiempo. August Brennan, aunque presente en la reunión, no tomaba parte en ella y parecía entregado con gran afán a la labor de vaciar una botella. Halburton pensó que estaría mejor en su habitación, fue a la biblioteca, buscó un libro y emprendió el camino hacia el primer piso.

Prunella se disponía a entrar también en su dormitorio.

—Veo que tienes lectura, Shane —observó.

—No me gusta la charla insulsa y la reunión de abajo no parece precisamente de un alto nivel intelectual —contestó él—. Prefiero leer en la cama.

—Una novela policíaca, supongo.

—Te equivocas. Es una biografía.

—¿Sí? ¿De quién?

Halburton sonrió.

—De Jack el Destripador. Escrita por él mismo.

—El Destripador no escribió jamás su autobiografía.

—Es un relato de humor, mujer.

—Oh... —ella se echó a reír—. Buenas noches, Shane.

—Felices sueños, Prunella.

Halburton entró en el dormitorio y, a los pocos momentos, estaba en pijama, sobre el lecho, con el libro en las manos. Los acontecimientos del día le tenían desvelado y pase mucho rato antes de que empezara a sentir las primeras acometidas del sueño. Consultó el reloj: eran casi las doce de la noche. Se dispuso a encender un cigarrillo, pero cuando lo iba a hacer vio que se abría la puerta silenciosamente.

Una blanca figura penetró en la estancia. Halburton sí incorporó en el lecho, con los ojos fijos en Dora Teale.

Ella cerró con todo cuidado. Luego le sonrió de una forma especial.

—Perdona, pero quería fumar y no tenía fuego —dijo.

El salto de cama era blanco, muy liviano. Debajo había un camisón corto, casi completamente transparente. Dora se dio cuenta de que el joven la contemplaba casi fascinado y se echó a reír.

—Si, tenía el encendedor, pero algo hay que decir como pretexto, ¿no?

Con el cigarrillo en los labios, avanzó hacia la cama y se sentó en el borde.

—La verdad es que no tenía sueño. ¿Y tú?

—Iba a apagar la luz cuando llegaste —respondió Halburton—, ¿No quieres fumar?

—Sí pudieras añadir una copita...

—Lo siento, no tengo bebidas en el dormitorio. —De pronto, Halburton se dio cuenta de que no podía encender los cigarrillos—. Vaya, yo tampoco tengo fuego.

Buscó en los bolsillos del pijama, pero no encontró fósforos.

—Debo de tenerlos en el traje —murmuró.

Saltó de la cama y, durante unos segundos, se sintió ridículo, en pijama. Fue a buscar la bata, pero Dora le dijo algo que le hizo desistir de ponérsela.

—Shane, no me asustan los hombres en pijama.

El joven se volvió

—Tengo la sensación de que no hay hombre que te asuste —repuso.

—Si no es un asesino, ninguno.

Halburton fue al fondo de la estancia y encontró el encendedor. Regresó junto a la joven y prendió su cigarrillo. Dora le arrojó provocativamente el humo a los ojos.

—Sigo desvelada —dijo.

Halburton estudió unos momentos el bello rostro de su inesperada visitante.

—Dora, ¿puedo ser franco contigo?

—Te lo agradeceré.

—Entonces, debo suponer que has venido a... lo que has venido.

Los ojos de la joven chispearon.

—Me gustas, Shane —contestó.

—Bueno, es que... —Halburton vacilaba. Dora no le disgustaba, ni mucho menos, pero temía comprometerse en una aventura que le desviara de su misión.

—Shane, no irás a decirme ahora que eres de... la otra banda.

—Oh, no, en absoluto.

—¿Estás casado?

—Tampoco.

—Bueno, hombre, suéltalo de una vez. Somas mayores de edad y

no tenemos que dar cuenta a nadie de nuestros actos. Pero voy a decirte una cosa.

—Había, Dora.

—No te vayas a pensar ni por un momento, que me voy con el primero que me encuentro. Ni siquiera cuando un hombre me gusta. Sólo... en circunstancias digamos excepcionales.

—Como ahora, por ejemplo.

—¿Lo dudas?

Halburton levantó el índice.

—Dora, quiero que me digas una cosa. Es algo que me tiene muy intrigado.

—Sí?

—Más que el nombre del que lo hizo, me gustarla saber cómo lo hizo.

—¿A qué te refieres, Shane?

—Al asesinato de Brennan.

Ella entornó los ojos.

—No lo sé. No se me ocurre ninguna solución —replicó.

—Tú venías aquí con frecuencia. ¿Hay algún pasadizo secreto que permita el acceso al cuarto privado de Brennan?

—Si lo hay, él lo debía saber, sin duda alguna, pero no me lo dijo nunca.

—Entiendo.

—Y, en cuanto al asesino, me he forjado una teoría...

—Interesante.

Dora sonrió otra vez.

—Pero, por el momento, no quiero decir nada más.

—¿Cuándo me explicarás tu teoría?

—Tiene un precio.

Halburton sonrió. Qué diablos, nada le impedía tener un poco de... expansión.

Avanzó hacia ella y le quitó el cigarrillo. Luego retrocedió, con los dos pitillos en la mano, hasta la chimenea del fondo, en donde había un gran cenicero.

Dora se incorporó y, volviéndose de espaldas a él, dejó resbalar el salto de cama, quedando sólo con el camisón, uno de cuyos tirantes quedó suelto. Luego se volvió lentamente.

—Shane...

De pronto, sintió que los ojos se le salían de sus órbitas.

—¡Shane! ¿Dónde estás? —gritó.

Creía soñar, Halburton habla desaparecido.

Halburton llegó a la chimenea y, sucesivamente, aplastó las dos colillas contra el pesado cenicero de bronce que había sobre la repisa. Al segundo golpe, sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

Antes de que pudiera reaccionar, se encontró en una estancia completamente a oscuras. En un instante se dio cuenta de que toda la estructura de la chimenea había girado 180 grados, llevándole consigo, y durante unos segundos, se sintió completamente desconcertado y no supo qué hacer. Pero no tardó en recobrarse.

Aún tenía el mechero y lo encendió, lo cual le hizo saber que estaba en un cubículo de unos dos metros de lado, desprovisto completamente de muebles. El gesto de apagar los cigarrillos, tan inofensivo en apariencia, era lo que había hecho funcionar el misterioso mecanismo que, estimó, no debía de ser conocido por muchas personas.

En el ángulo derecho, al fondo, divisó una trampilla, con una argolla de hierro para levantarla. Empezó a comprender la verdad.

Pero ahora no quería entretenerse en exploraciones. Dora se habría dado cuenta de su ausencia. Si empezaba a gritar, provocaría un escándalo y no tenía interés alguno en la divulgación del hecho.

Alargó la mano y apretó el cenicero dos veces. El suelo, con la chimenea, giró nuevamente.

Dora no estaba. Halburton frunció el ceño. Si se había ido...

Ella surgió de repente, saliendo del baño.

—Shane! ¿Dónde ve habías ido? —clamó—. Me he llevado un susto terrible...

—Ven aquí, voy a enseñarte una cosa —dijo él—, Pero me tienes que prometer que no lo dirás a nadie.

—Sí, lo que quieras...

Dora se le acercó Halburton repitió la maniobra.

Cuando volvieron al dormitorio, ella se había quedado sin habla.

Halburton fue al baño y trajo un vaso con agua.

—Siento no tener otra cosa mejor —sonrió.

Ella bebió ansiosamente.

—Nunca me habría imaginado una cosa parecida... Diablos, esto parece de película de miedo, Shane

—La muerte de Brennan no fue de película, Dora.

—Sí, es verdad ¿Crees que el asesino...?

—No —mintió él, porque sabía que Dora no había podido ver la trampilla, al no haber encendido ninguna luz cuando estaban al otro lado—. Más bien pienso que se trata de un escondite, que

alguien pensaba utilizar, si un día se veía perseguido por la ley. No tiene mayor importancia... pero, de todos modos, no divulgues la noticia.

—Descuida, callaré como un muerto... Oh, Dios, qué frase tan estúpida...

Halburton sonrió, a la vez que se inclinaba para recoger el salto de cama.

—Dora, me parece que ha pasado la ocasión —dijo.

Ella suspiró.

—Sí, tienes razón —convino—. En estos momentos me siento incapaz de... Bajaré a la biblioteca, a buscar algo de beber.

—No abuses aconsejó él. —Lo justo para sustituir a los sedantes que jamás tomo —replicó Dora—. Otro día, ¿verdad, Shane?

Halburton hizo un gesto de aquiescencia.

—Otro día —repitió.

CAPITULO V

Apenas se hubo quedado solo, corrió a la puerta, la cerró con llave y luego empezó a vestirse. Se puso los pantalones, zapatos y un pullover y buscó una linterna en su equipaje.

Inmediatamente, hizo funcionar el mecanismo de la chimenea. Era curioso, al otro lado, había una decoración exactamente igual, con su cenicero de bronce incluido, y la única diferencia, en aquellos montemos, eran dos colillas, una de ellas con manchas de lápiz de labios.

Fue a la trampilla, asió la argolla y tiro hacia arriba, descubriendo un negro hueco, cuya profundidad, cosa que le extrañó sobremanera, no superaba un metro.

Saltó al fondo y, agachándose, paseó el haz de rayos luminosos por el interior del hueco. Era una especie de túnel, más ancho que alto, cuyo final no se podía ver desde el punto en que se encontraba. Tras unos momentos de indecisión, empezó a recorrer el túnel.

Naturalmente, tenía que moverse a gatas. El suelo estaba cubierto de polvo, pero observó ciertas señales que le hicieron sentirse profundamente pensativo.

Alguien había estado allí, antes que él, en el pasadizo secreto. El sujeto, quienquiera que fuese, había notado la existencia del polvo y tomado sus medidas. En consecuencia, había borrado toda huella cuidadosamente. Sí, se advertía la falta de polvo en un determinado espacio, pero también era fácil ver que lo había barrido con extremada atención.

—En resumen, se sabe que alguien pasó por aquí, pero no se puede saber quién fue —murmuró.

No obstante, el rastro era lo suficientemente claro para seguir un determinado camino, que le llevó momentos después a una segunda trampilla. Al levantarla, vio una especie de pozo, de sección cuadrada y de un metro de lado, con unos escalones metálicos sujetos a la pared.

Inmediatamente, emprendió el descenso. Cuando estuvo abajo, a unos cuatro metros de la abertura, exploró las paredes del pozo, tanteándolas con suaves golpes de sus nudillos. De pronto notó que una de aquellas paredes, pese a que lo parecía, no era de piedra.

Paseó la linterna por el que estimaba en un falso muro. Al cabo de unos momentos, divisó un leve saliente en una de las piedras simuladas. Empujó con la mano y una puerta giró silenciosamente.

La habitación que había al otro lado estaba a oscuras, pero lo

primero que iluminó la linterna de Halburton fue la estatua de bronce. Entonces supo, sin lugar a dudas, cuál era la ruta que había seguido el asesino para cometer su crimen.

Durante unos segundos, estuvo inmóvil, sumido en sus propios pensamientos.

—Ahora ya sé cómo lo hizo. Pero, ¿quién fue?

Pasado un corto espacio de tiempo, Halburton tiró de la puerta hacia sí y ella se cerró automáticamente, sin hacer el menor ruido. Recorriendo el mismo camino en sentido inverso, llegó a su dormitorio. Fue al baño, se dio una ducha relajante y luego se metió en la cama. Cinco minutos más tarde, dormía profundamente.

* * *

Hodges, el mayordomo, salió de la cocina, seguido de una de las doncellas, que portaba una bandeja con el desayuno. —Sírvaselo al señor Spann —ordenó—. Y tenga cuidado con él; es un sujeto con grandes aficiones de pianista.

—Sí, señor Hodges —contestó la doncella, una chica bastante agradecida—. Tendré cuidado con el señor Spann.

La criada se alejó hacia el primer piso. Halburton había contemplado la escena sonriendo. Cuando vio que Hodges se quedaba despachado, le hizo una seña con la mano.

El mayordomo se acercó.

—¿Señor?

—Hodges, quiero hacerle una pregunta.

—Sí, señor, lo que desee.

—¿Sabe si hay algún pasadizo secreto en el despacho del difunto señor Brennan?

Hodges mostró sorpresa.

—¿Un pasadizo secreto?

Es la primera noticia que tengo de ello, señor —contestó.

—De modo que lo ignoraba, ¿eh?

—Puede estar seguro de ello, señor; y si lo hubiera sabido, se lo habría comunicado a la policía, apenas se conoció la muerte del señor Brennan.

Parecía sincero, pensó Halburton.

—¿Llevaba mucho tiempo al servicio del señor Brennan? —inquirió.

—No demasiado. El anterior mayordomo falleció hará unos tres años. Era muy viejo, señor.

—Comprendo.

—Yo ocupé su puesto, porque me recomendaron al señor Brennan. Y debo decirle, señor, que el difunto señor Brennan fue siempre muy considerado con la servidumbre. Duro y exigente, pero siempre cortés. Jamás nos levantó la voz, créame.

—Lo cual no se puede decir del trato que daba a otras personas —sonrió el joven.

—Eran asuntos particulares del señor, en los cuales no teníamos por qué intervenir, señor.

—Gracias, Hodges, ha sido usted muy amable.

El mayordomo hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Halburton encendió un cigarrillo y salió de la casa, con aire apacible.

Caminó unos cuantos pasos. O'Grady estaba cuidando un arriate de flores. Halburton tomó con dos dedos una rosa, sin arrancarla, y la olisqueó vanas veces.

—Jefe, no se altere. Siga como hasta ahora. Tengo una noticia sensacional que darle.

O'Grady continuó retocando el rosal.

—¿Se lo ha dicho Dora Teale?

El joven respingó.

—¿Cómo?

—¿Qué tal resulta esa fulana en la cama?

—¡Jefe! —se escandalizó Halburton—. ¿Quién diablos..?

—Le voy a dar un consejo, muchacho. Cuando llegue a millonario, no se fie de la servidumbre. Lo saben todo.

—Menos el nombre de un asesino —contestó el joven, irritado.

—Algunas cosas se les escapan, claro. Bueno, la juventud tiene sus privilegios y siempre puedo considerar que lo hizo como parte de su misión.

—Pudo haber algo, pero no pasó nada. La cosa se estropeó en el momento más crítico: Encontré el pasadizo secreto que siguió el asesino para llegar al despacho de Brennan.

Las tijeras se le escaparon bruscamente al inspector.

—¿Habla en serio? —preguntó.

Halburton le relató todo lo que le había sucedido durante la noche. Al terminar, musitó:

—Eso es muy interesante, Shane, voy a pedir un equipo portátil y usted procurará esta noche tomar las posibles huellas dactilares que pudiera haber dejado el asesino.

—Creo que no debiera molestarse, jefe. Si no se encontraron huellas digitales en el despacho, menos las vamos a encontrar en el pasadizo. El asesino, en mi opinión, usó guantes desde el primer momento.

—Es posible, pero insisto... Estas rosas están enfermas y no puedo encontrar las causas —exclamó O'Grady con repentino e inexplicable enojo.

Halburton presintió que había alguien más y se volvió.

—El jardinero no podrá cortar jamás esta otra rosa —dijo sonriendo.

—Sabes hacer frases muy bonitas —contestó Prunella.

—Pero alguien será su propietario, algún día —añadió O'Grady maliciosamente. Cortó una flor y se la entregó a la muchacha—. Para usted, señorita.

—Gracias —dijo ella—. ¿Damos un paseo, Shane?

—Con mucho gusto. Adiós, Ben.

O'Grady estaba allí bajo el nombre de Ben Mills. Nadie sino él conocía su verdadera personalidad, aparte del abogado del difunto Mr. Brennan

—Esta noche ha sucedido algo raro —dijo Prunella, cuando hubieren caminado algunos pasos.

—¿De veras? Cuéntame, por favor.

—Los Kirr se han peleado, no diré que salvajemente, pero faltó poco.

—¿Cuál de los dos es el elemento agresivo en la pareja?

—Ella, pero la provocación vino del hombre. Carol se puso hecha una fiera.

—¿Por qué?

—Parece ser que le propinó un narcótico a su esposo. Luego estuvo fuera del dormitorio.

—Sola, no, es de suponer

—Oh, claro. Pero, por lo visto, la dosis de narcótico fue más bien corta y Kirr, al parecer, despertó justo cuando ella volvía, hacia las tres de la madrugada. Dijeron cosas como jamás había oído yo en mi vida. Todavía me arden las orejas, Shane.

—La cosa resultó fuerte. ¿Dónde estuvo ella?

—Kirr la acusó de engañarle con Spann. Carol no lo negó, pero dijo algo que me intrigó bastante.

—¿De verdad?

—Carol alegó que la cosa no tenía mayor importancia y que de aquella excursión podrían obtener luego grandes beneficios. ignoro de qué se trata, pero no hablaron más sobre el asunto.

—Y luego sobrevino la pelea.

—Esa frase se pronunció durante un breve armisticio. Al final, los contendientes, agotados, cesaron las hostilidades.

—Y tú pudiste seguir durmiendo. Pero, ¿cómo lo escuchaste? Las paredes de esta casa son muy gruesas. O lo parece.

—En mi cuarto de baño, no. Está contiguo al dormitorio de los

Kirr y yo me había dejado la puerta abierta involuntariamente. Me desperté a la madrugada y escuché las primeras maldiciones. Como temí que sucediera algo, me levanté para escuchar mejor...

—Y pegaste la oreja al tabique —sonrió Halburton.

—¿No lo habrías hecho tú también?

—Es posible. De modo que Carol pasó un buen rato con Spann.

—Así se deduce de lo que escuché. Shane, me siento francamente asqueada.

—No te lo tomes tan a pecho. La vida tiene aspectos muy desagradables —dijo el joven.

—Sí, pero... tía Carol es hermana de mi madre y me indigna su comportamiento tan irresponsable...

—Quizá no lo hizo sin un propósito bien definido. ¿Te importa que la interroge discretamente más tarde?

Prunella se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras —contestó—. Estoy deseando aban donar esta casa En cuanto el abogado haya leído el testamento, me iré para no volver más aquí.

—Pero me dejarás tu dirección en Londres.

Prunella se volvió y sonrió.

—¿Lo deseas?

—Si no te molesta...

—Al contrario, me gustará verte más adelante.

De repente, sonaron voces descompuestas al otro lado de un alto seto, que separaba dos sectores del parque.

—Eres un maldito estúpido, Lou —gritó uno de los dos interlocutores—. Todavía no he podido comprender qué pudo ver mi hermana Emily en ti. Claro que, se todos los miembros de la familia, fue siempre la más estúpida, tan inteligente como un pedrusco y con menos seso que un mosquito borracho. Pudiste haber hecho las cosas mil veces mejor, tal como te lo dije un montón de veces, pero no, tuviste que meter la pata hasta el cuello...

—Lo hice tal como me indicaste, August —lloriqueó Meedy.

—Tú qué vas a hacer —contestó Brennan despectivamente—. Tienes la inteligencia de un mono paralítico... Ahora veremos si da resultado lo que hiciste, es decir, cuando venga el abogado. Pero mucho me temo que todo haya resultado inútil, pedazo de estúpido.

Meedy pareció enojarse.

—Entonces, ¿por qué diablos no viniste a hacerlo tú en persona? —protestó.

—Estaba en el Canadá, imbécil. ¿Es que te crees que atravesar el Atlántico es tan fácil como cruzar Piccadilly Circus a las cuatro

de la madrugada, cuando está desierta? Además, si me hubiera visto, habría sospechado en el acto y se hubiera estropeado todo. Contigo, la cosa tenía que haber dado resultado... si hubieras hecho exactamente lo que te indiqué.

—Yo no fallé, Augusto. Fue él, tu hermano, era tan desconfiado...

—Oh, basta ya de discusiones estúpidas. Lo que está hecho, ya no se puede remediar. Esperemos a la lectura del testamento; es nuestro último recurso. Anda, vamos a casa y tomaremos un trago.

—Yo no bebo, ya lo sabes, August.

—Ni bebes, ni fumas ni... ¿Tampoco lo otro? —rió Brennan desvergonzadamente—. Claro que ya no estás para esos trotes. —Se oyeron unos fuertes golpes en el pecho—. En cambio yo, como Tarzán a los veinte años. Todavía estoy hecho un toro, cufiado.

Los dos hombres se alejaron. Halburton y Prunella cambiaron una mirada.

—Vaya pareja —comentó él.

—Tío August siempre nos resultó simpático, pero ahora empiezo a comprender por qué le detestaba su hermano, tío Wilbur —dijo la muchacha pensativamente.

Halburton no quiso seguir comentando el incidente, pero se preguntó si ti diálogo que acababan de escuchar tenía alguna relación con la muerte del dueño de la casa.

La residencia en el Canadá era una magnífica coartada para August. No se podía decir lo mismo de Meedy. Las instrucciones mencionadas en la conversación, ¿se referían al asesinato de Wilbur P. Brennan?

CAPITULO VI

Henry Darren Broxley carraspeó un par de veces, se limpió los lentes con mucho cuidado, volvió a colocárselos sobre su ganchuda nariz y, al fin, desplegó un cuadernillo de papel que tenía ante sí.

Estaban en el despacho de Wilbur P Brennan. Incluso la servidumbre asistía al acto, a requerimiento de Broxley, como abogado que había sido del difunto. El silencio era absoluto.

Broxley volvió a carraspear. Luego dijo:

—Pasaré por alto algunos de los preliminares del testamento, para ceñirme estrictamente a los puntos más interesantes del mismo. Después de este acto, entregaré a cada uno de los mencionados en dicho testamento, una copia legalizada del mismo, para una posible impugnación de sus disposiciones. Pasado ese tiempo, las cláusulas del testamento serán plena mente efectivas y Los herederos percibirán lo que el difunto tuvo a bien dejarles como legado. ¿Lo han comprendido todos?

Hubo algunos movimientos de cabeza. Brennan, sentado en un gran sillón, en el centro de la reunión, emitió un bufido.

—Al grano, al grano, picapleitos. Poca calderilla y muchos billetes, ése es mi lema.

Broxley le miró por encima de sus lentes, pero no dijo nada. Brennan, insolentemente, encendió un grueso cigarro y lanzó el humo a lo alto.

Halburton estaba en pie, apoyado en una de las paredes, con los brazos cruzados. De cuando en cuando, echaba un vistazo al panel, que era la puerta secreta que comunicaba el escritorio con el pasadizo, ¿quién lo había utilizado para llegar hasta allí?

Tras la pausa, Broxley continuó hablando, ahora con la vista fija en las páginas del testamento:

—Leeré los párrafos al pie de la letra —anunció—: Dejo a mi hermana Emily, la suma de doscientas mil libras... A mi hermana Abigail, cuatrocientas mil....

Lou Meedy saltó en su asiento.

—¿Por qué esa diferencia, abogado? ¡Es injusto! —clamo.

Broxley no se inmutó.

—El difunto Mr. Brennan era muy dueño de dejar todo su dinero o parte del mismo a quien le pluguiera, en las cantidades que le parecieran mejor y con entera libertad para disponer de su fortuna de la forma que estimase mejor.

—Impugnaré el testamento —gritó Meedy.

—Tendrá dos semanas de plazo, a partir de las doce de esta noche —contestó Broxley fríamente—. Sigan escuchando, por

favor. A mis hermanas Carol y Maggie les dejo doscientas mil libras a cada una...

—Eso ya hace un millón —murmuró Dora.

—Para Dora Teale, en recuerdo de mi amistad, veinticinco mil libras esterlinas —recitó el abogado.

—Hombre, no está mal. Francamente, no espesaba más allá de un par de cientos... —Dora soltó una risita—. Podré montar un buen negocio. Gracias, Wilbur, dondequiera que estés ahora.

—Esos comentarios están fuera de lugar, mala pécora —exclamó Emily furiosamente.

Dora le sacó la lengua. Halburton temió un incidente, pero las aguas volvieron a su cauce muy pronto y Broxley pudo continuar:

—El resto de mi fortuna, excluyendo las mandas que se citarán a continuación, pero incluyendo la propiedad de Dunbar Court y las tierras que lo rodean, será entregado a la Fundación Wilbur P. Brennan, al objeto de que pueda fomentar las bellas artes de todas clases, creando becas para artistas pobres...

Los sirvientes recibieron diversas cantidades, según el tiempo que llevaban empleados. Halburton pensó que la fundación iba a recibir nada menos que un millón de libras. ¿Quién sería el administrado? de tan elevada suma?

Mirando con el rabillo del ojo, observó que Spann se tironeaba del labio inferior. Pero no parecía nervioso: estimó que quería ocultar su satisfacción. ¿Por qué, si sólo le había dejado Brennan dos mil quinientas libras?

Broxley mencionó su nombre, según lo acordado con el inspector O'Grady. Nadie objetó la supuesta decisión del legatario.

De pronto, Halburton notó algo extraño.

El testamento no mencionaba para nada a August Brennan. Resultaba curioso que el sujeto no hubiera protestado. Si no lo mencionaba, era que su difunto hermano no le había dejado un solo penique.

Sin embargo, hubo otra persona que reparó en el mismo detalle.

—Abogado, no he oído el nombre de mi hermano August —manifestó.

—El señor Brennan, August, no es citado para nada en el testamento, señora —repuso Broxley—. En ninguna de las cláusulas se menciona su nombre, por lo que, lógicamente, no recibirá nada.

—Vaya una faena que te han hecho, August —dijo Carol burlonamente—. ¿Piensas impugnar el testamento?

Brennan no contestó. Estaba sentado en el sillón con el cigarro humeante sujeto por los dientes. Parecía completamente ausente a

todo cuanto le rodeaba.

De pronto, su mandíbula inferior se aflojó con gran lentitud y el cigarro rodó por su pecho, hasta quedar en el regazo. Inmediatamente, se percibió olor a tela quemada.

La cabeza de Brennan se dobló a un lado. Emily estaba junto a él y se levantó convulsivamente, a la vez que lanzaba un estridente chillido:

—¡Está muerto!

Halburton respingó. Los herederos se habían puesto en pie, apartándose del sillón en que se hallaba Brennan, como si hubiese allí una cobra. El joven se acercó en dos zancadas y le puso las yemas de dos dedos en la carótida.

Una docena de pares de ojos le contemplaban expectantemente. Al cabo de unos segundos, Halburton se irguió:

—Sí, está muerto —confirmó.

—Ha debido de sufrir un ataque cardíaco — murmuró Carol aprensivamente.

—¿De veras? Por lo que yo sé, August tenía el corazón de un toro —dijo Philip Kirr.

Halburton oyó aquellas palabras y frunció el ceño. Presa de una horrible sospecha, agarró el cadáver por debajo de los sobacos, tiró un poco hacia sí y dirigió la vista hacia su espalda.

Allí, en el centro, aunque un poco a la izquierda, se veía asomar el extremo de una delgada aguja de metal que, calculó, debía de ser lo suficientemente larga como para alcanzar el corazón sin dificultad.

—El paro cardíaco no se debe a causas naturales —dijo—. Es un asesinato.

Prunella oyó aquellas palabras y tuvo que taparse la boca con las manos para no lanzar un grito.

* * *

La declaración de Halburton provocó una enorme sensación, causa inmediata de un profundo silencio que, sin embargo, duró muy pocos segundos.

—¡Un asesinato! —bufó Spann—. ¿Está loco, Shane?

—No se ha oído ningún disparo —exclamó Meedy.

—Es imposible que le hayan apuñalado por la espalda. Estaba recostado contra el sillón —dijo Philip Kirr.

—Creo que lo mejor sería avisar a la policía —intervino el abogado—. Es un incidente muy desagradable y deploro

vivamente que haya tenido lugar en el mismo sitio donde hace pocas semanas se cometió otro crimen

—Peto, ¿cómo diablos se lo han cargado? —preguntó Dora,

—Alguien le clavó una aguja en la espalda —respondió Halburton.

—Increíble —dijo Carol Kirr—. El que lo haya hecho, tiene una audacia realmente inconcebible.

—Y él no se quejó ni protestó... ¿Cómo se explica eso? —intervino la esposa del anterior— Porque si estaba excluido del testamento, no parece posible que lo mataran para heredar su parte.

—Heredar su parte —repitió el joven pensativamente. Se volvió hacia el abogado—. Señor Broxley, si alguno de los herederos muere durante el plazo que falta para que la herencia sea plenamente efectiva, ¿debe distribuirse su parte entre los demás?

—En efecto, así está dispuesto en el testamento —confirmó el interpelado— Pero, puesto que el señor Brennan no había sido mencionado, no existe ese motivo para su muerte.

—Olvidan todos una cosa —dijo Carol—. Mi hermano tenía bastante dinero, no tanto como Wilbur, ni mucho menos, pero si el suficiente para hacer atractiva para alguien la idea de su muerte.

—Creo que tú también olvidas algo importante, querida —manifestó Emily—. August estaba casado en el Canadá y tiene un par de hijos. Ninguno de sus hermanos percibiremos un solo penique de su capital.

—Entonces, ¿por qué lo asesinaron? —murmuró Prunella.

Broxley levantó el teléfono.

—Lo mejor será que avise a la policía —dijo—. No toquen el cadáver; déjenlo tal como está.

Todos los presentes callaron, mientras telefoneaba el abogado. Cuando Broxley terminó de hablar, paseó la mirada a su alrededor y dijo:

—Nadie deberá abandonar la casa, hasta que se le conceda el permiso para ello. Hodges —se dirigió al mayordomo—, la servidumbre deberá realizar sus tareas normalmente, hasta que reciban nuevas instrucciones.

—Bien, señor.

—Señor Mills, usted es nuevo en la casa, ¿no?

O'Grady asintió.

—Eh efecto, señor.

—Desearía hablar privadamente con usted, por favor

—Estoy a sus órdenes.

Halburton dio un paso hacia la mesa tras la cual se hallaba el

abogado.

—Señor Broxley...

—¿Sí?

—En la lectura del testamento usted ha mencionado un importante legado para una fundación destinada a fomentar las Bellas Artes. A esa fundación se le asignan nada menos que un millón de libras esterlinas.

—Las disposiciones testamentarias son muy explícitas al respecto, señor Halburton.

—No lo dudo, pero, dígame, ¿se conoce el nombre del presidente o director de dicha fundación?

Antes de que Broxley pudiera contestar, alguien se aclaró la garganta a unos pasos de distancia.

—Permítame que responda a esa pregunta —dijo Spann—, Yo voy a ser el director ejecutivo de dicha fundación. Mi tarea será supervisada por un comité directivo, cuyos nombres figuran en alguna parte del testamento, me imagino. ¿No es así, abogado?

—Efectivamente, así es —corroboró Broxley.

Dora lanzó un silbido.

—¡Vaya golpe de fortuna, tú! Te vas a forrar...

Spann la miró desdeñosamente.

—¿Acaso piensas que voy a aprovecharme de ese dinero?

—Una vez asistí a una exposición sobre las aplicaciones y ventajas del oro. Había una cubeta llena de polvo de oro, lo menos cien kilos, y el tipo de las relaciones públicas metió las manos en la cubeta. «No puedo bañarme, pero sí lavarme las manos en oro», dijo. Cuando las sacó, las tenía cubiertas de polvo de oro —dijo Dora burlonamente.

—O sea, el que juega con miel, se le pega a las manos —rió Carol.

—Todavía estoy por ver a alguien que maneje grandes sumas de dinero no saque tajada —contestó Dora.

—Conmigo te equivocas —protestó Spann.

—Por favor —rogó Broxley—, dejen de discutir sobre nimiedades. Cuando el señor Brennan nombró director de la fundación al señor Spann, sus razones tendría para ello. Ahora, por favor, salgan todos de aquí y déjenme a solas con el señor Mills.

La estancia se vació lentamente. Halburton salió en compañía de Prunella.

—No lo puedo creer —dijo la muchacha, ya en el amplio vestíbulo de la mansión— Se ha cometido un crimen en nuestras mismas narices y ninguno lo hemos visto, ni mucho me nos tenemos idea de quién es el asesino.

Carol empezó a encender un cigarrillo con aire displicente.

—Yo sí sé quién lo hizo —declaró.

Varios pares de ojos se volvieron hacia la mujer.

—Carol, no seas estúpida —exclamó su marido.

—Calla, imbécil —le contestó ella en un tono menos hostil—. Si sé algo, no veo por qué lie de tener que callarme.

—Suéltalo, Carol —pidió Lou Meedy.

La señora Kirr despidió una larga bocanada de humo. Luego sonrió irónicamente y dijo:

—Mi querido maridito tiene razón; será mejor que cierre el pico. Por ahora, prefiero callar.

—La policía le obligará a hablar, señora —advirtió Halburton.

—Cuando llegue la policía, habré tomado una decisión. ¿Vamos, Philip?

Los Kirr se marcharon. Dora les vio alejarse y meneó la cabeza.

—Si ahora me dijeran que lo han hecho ellos, no sentiría la menor extrañeza —dijo.

—No pudieron hacerlo ninguno de los dos —manifestó Prunella.

—¿Por qué? —preguntó Halburton.

—Estaban demasiado lejos de tío August.

Se habían quedado solos los tres en el vestíbulo. Varios de los huéspedes de la casa habían pasado al salón, donde se estaban sirviendo bebidas. Dora hizo un gesto con la mano.

—Salgamos fuera —propuso—. Así no podrán escuchar nos.

—¿No nos convendría antes tomar un traguito? —sugirió Halburton.

—Después —dijo Prunella firmemente.

Spann apareció en aquel momento, cuando se disponían a salir.

—Dora, ¿puedo hablar contigo un momento? —consultó.

—Ahora no puedo, Mike.

—Es importante —insistió el sujeto.

Dora hizo un gesto de resignación.

—Está bien —accedió—. Dispénsenme...

Halburton y Prunella salieron fuera de la casa, aunque quedándose a unos pasos de la puerta, en la terraza que había ante la entrada. La muchacha fijó sus ojos en el rostro de su acompañante.

—Los Kirr estaban demasiado alejados —dijo—. El que cometió el crimen tuvo que actuar con gran inteligencia y sangre fría, pero, sobre todo, con rapidez. La aguja, roe imagino, no estaba sujeta al respaldo de la butaca, con la punta hacia afuera, porque tío August lo habría notado en seguida.

—Parece lógico —admitió el joven—. ¿Qué más, Sherlock Holmes con faldas?

—Oh, no te burles de mí. Estoy tratando de conocer la verdad... Yo me he hecho una composición de lugar acerca de la forma en

que se cometió el crimen, aunque, como todos los demás, tampoco pude ver el instante en que se clavó la aguja en el cuerpo de tío August.

—Muy bien, adelante, explícate.

Prunella no pudo hablar. A través de la puerta, que seguía abierta, salió la voz destemplada de Dora Teale:

—Pero, ¿me has tomado por loca? Mike, ¿qué concepto tienes de mí? Tú te piensas que, porque tenga cara de muñeca y sea... lo que soy, he de carecer a la fuerza de inteligencia. Me miras y te dices: «Esta fulana tiene menos seso que un mosquito. Voy a ver si le hago una buena jugarreta...»

—¡Dora, por Dios! —gritó Spann—. No es lo que, tú te crees...

—¡Al infierno con tus ideas! —contestó la otra abruptamente—. Déjame en paz y no vuelvas a mirarme a la cara. Una vez, hace años, me sacaste mil libras y no he vuelto a ver ese dinero ni en sueños. Ni un penique te dejaría, aunque con ello pudiera salvarte la vida. ¿Está claro?

—Estás resentida y lo comprendo, pero me gustaría hacerte ver con claridad...

—Me pondré gafas negras —se burló la rubia—. Piérdete por ahí, Mike, y busca a otra tonta.

—Dora, no me irrites...

Se oyó un tremendo chasquido. Halburton miró a la muchacha y sonrió.

Ella, a pesar de la gravedad de la situación, tuvo que ponerse las manos en la boca para no soltar una carcajada.

—Ha sido una bofetada de campeonato —comentó él.

Esperaron unos momentos, pero Dora no salió. Halburton decidió reanudar la conversación.

—Prunella, estabas hablando de tu teoría sobre la muerte de tu tío —le recordó.

—Sí, es verdad. Bueno, una cosa parece evidente, y es que el asesino tenía preparada la aguja. Yo me, fijé en tío August en un par de ocasiones. De cuando en cuando, adelantaba el cuerpo, como si quisiera escuchar mejor al abogado. Entonces, la espalda, quedaba separada del sillón unos centímetros. Luego volvía a retrepase, con cierta brusquedad, como eran todos sus gestos.

Halburton se acarició la barbilla.

—Una acción muy inteligente y no digamos audaz —calificó—. En uno de esos gestos, alguien pone la mano detrás de él, aparentemente como si fuese a darle una palmada, pero, en realidad, sosteniendo la aguja con dos dedos y la punta dirigida hacia la espalda de August. Este, pasados unos segundos, vuelve a recostarse y él mismo se hunde la aguja. Pero, ¿qué hace el

asesino con la mano?

—Tiene que retirarla muy rápidamente, pero eso no es relevante, porque ya está preparado. Le basta soltar la aguja, apenas percibe el movimiento de tío August. La punta ya ha iniciado su penetración y la aguja no puede caerse. Todo sucede en décimas de segundo y él no tiene tiempo de reaccionar, ni siquiera de gritar.

—Probablemente, ni siquiera sintió dolor o, a lo sumo, un leve pinchazo, como el de una aguja de inyecciones —murmuró el joven pensativamente— Incluso puedo pensar que le picaba la espalda, pero no se rascó por educación. Luego, de repente, sobrevino la inconsciencia... y ya no supimos nada, hasta que se le desprendió el cigarro de los dientes.

—Más o menos, así tuvo que suceder —convino Prunella.

—Sí, pero esa teoría nos plantea un problema.

—¿Cuál? —preguntó la muchacha.

—Es evidente que el crimen se cometió antes de que Broxley terminase la lectura del testamento. Todavía quedaba, si vale la expresión, mucho dinero por atribuir. Alguien pudo pensar que August iba a recibir el resto de la herencia. Una vez muerto, el dinero que le correspondiese sería repartido entre los restantes herederos, ¿no es así? Sus hijos no percibirían nada.

—Ciertamente, Shane.

—Bien, entonces, ¿quiénes estaban más cerca de él en aquellos momentos? ¿Tienes solución para este problema?

Prunella asintió.

—Tres personas —contestó—. Tío Lou estaba a su derecha y tía Emily a su izquierda. Pero son inofensivos, no les creo capaces de hacer una cosa semejante y menos a sangre fría, de una forma tan calculadora. Pienso que lo hizo Mike Spann, que estaba situado inmediatamente detrás del respaldo. Y Spann si me parece hombre capaz de todo, Shane.

Halburton estudió durante unos segundos las palabras de la muchacha. Quizá estaba equivocada, se dijo. Spann no iba a sacar provecho de la muerte de Brennan, puesto que, al no tener parentesco con él, no podía aspirar a una parte del dinero que se suponía iba a heredar. En cambio, los Meedy...

Recordó la conversación que había oído la víspera entre Brennan y Meedy y decidió que era muy posible que uno de los dos, Lou o Emily, fuese el asesino. «Lou, ella era su hermana y no lo desaprobaba, pero no querría matar a una persona de su propia sangre», pensó.

—Lo tendré en cuenta —dijo al cabo—. Y ahora, ¿vamos a reconfortarnos con una copa?

—Sí, nos vendrá bien —admitió Prunella—. Cuando me interrogue la policía, expondré mi hipótesis.

—Es tu deber —contestó Halburton gravemente.

* * *

Subió al primer piso, tocó con los nudillos en una puerta y esperó unos momentos. Dora abrió y le miró largamente.

—Entra —invitó.

Halburton cruzó el umbral y cerró la puerta. Ella estaba vestida con una bata, pero se la quitó desenvueltamente.

—Iba a cambiarme de ropa —manifestó—. Puedes hablar, Shane.

—El espectáculo es gratis, ¿verdad? —sonrió él.

Dora estaba vestida solamente con sostén y bragas, éstas con portaligas. Hizo una mueca y contestó:

—En estos momentos, me siento tan fría como un pez muerto. No reaccionaría ni ante el hombre más apetitoso del mundo.

—Ese no soy yo —dijo Halburton plácidamente—. Pero, si mal no recuerdo, hace sólo unos momentos, parecías un volcán....

Dora se embutió en un vestido que parecía más bien una funda de vivo color rojo y le miró al asomar la cabeza por la abertura superior.

—Parece que he gritado bastante —sonrió.

—Era imposible no oírte. También escuchamos la bofetada.

—Se la merecía. Hijo de... ¿Sabes lo que pretendía ese maldito bastardo?

—He venido a que me lo cuentes —contestó Halburton.

Dora se acercó al espejo y empezó a cepillarse el cabello nerviosamente.

—Va a ser el mandamás de la fundación. Compadezco a los artistas; ni uno solo podrá demostrar su valía, si espera que esa fundación le ayude en los tiempos difíciles.

—Al parecer, no confías nada en Spann.

—Es la plaga de langosta... de un solo ejemplar —dijo Dora cáusticamente—. Arrasaré la fundación... Bueno, eso no me importa a mi; allá se las entienda con el comité directivo. Pero el muy canalla pretendía que le prestase nada menos que cinco mil libras.

—¿Por qué? Ahora dispondrá de dinero...

—Oh, no es tan fácil como parece. Poner en marcha la fundación costará más tiempo del que te imaginas. Mientras

tanto, cobrará un sueldo no muy elevado, aunque bastante para sus gastos. Sin embargo, él lo considera insuficiente y tiene deudas hasta en la punta de los cabellos.

—Con cinco mil libras se arreglaría hasta que pudiese meter las manos en... la cubeta llena de polvo de oro.

—Exacto. Luego me nombraría a mí jefe del Departamento de Relaciones Públicas, con un magnífico sueldo, poco trabajo, gastos de representación y demás.

—Pues a mí me parece una estupenda oferta —exclamó el joven.

—Shane, yo conozco bien a Spann. Es de la clase de tipos que andan siempre pidiendo dinero para montar negocios que no pueden fallar y que deben producir colosales beneficios. Tiene mucha labia y generalmente consigue lo que se propone. Pero en cuanto tiene el dinero en su poder, se olvida de los negocios y se dedica a gastárselo.

—Yo pensaba que vivía de las mujeres ricas, Dora.

—Hace de todo, pero cuando no tiene una fulana con pasta en sus inmediaciones, se inventa cualquier cuento para obtener unos cientos de libras. A mí no me sacará ya ni un penique, créeme.

—Si esperaba heredar algo, se habrá sentido muy defraudado, supongo.

—¿Y te parece poco el cargo de director de la fundación? Menuda bicoca, Shane. Lo dicho: una cubeta llena de polvo de oro.

—Es posible —sonrió Halburton—. Dora, ¿quién mató a Brennan? Ella suspendió los movimientos del cepillo y le miró a través del espejo.

—Uno de los Meedy —dijo.

—¿Estás segura?

—Apostaría cien a uno, Shane.

—Si fue uñó de los Meedy, tuvo que hacerlo antes de saber que August no iba a heredar nada.

—Es lo que yo pienso, pero se llevaron un chasco terrible. —Dora soltó una risa nerviosa—. Matar por nada...

Halburton decidió que ya tenía bastante.

—Dora, en este mundo, generalmente, nadie mata por nada —dijo sentenciosamente—. Quizá existían otros motivos que desconocernos.

—En todo caso, yo no soy capaz de imaginarme esos motivos, Shane.

—Sí, claro. Gracias, Dora.

Ella se volvió de pronto y apoyó los brazos en el respaldo de la silla.

—Shane, ¿irás a verme algún día en Londres?

—¿Por qué no?

—La herencia me servirá para realizar el sueño de mi vida: montar una boutique de ropas para señora, muy elegante y refinada. Eso sí es un buen negocio... y no el absurdo cargo que me ofrecía Spann.

—Lo celebro y te deseo mucho éxito —se despidió él.

Bajó de nuevo al vestíbulo y se asomó al salón. Los Meedy no estaban a la vista. Entonces, decidió hablar con el inspector.

O'Grady simulaba limpiar de malas hierbas un trozo del jardín. Vio al joven y murmuró:

—Vigile al matrimonio Meedy.

—Parece que no soy el único que ha llegado a semejante conclusión, ¿verdad?

—Tienen el número uno en la lista de sospechosos, pero no se debe descartar a los demás.

—Es lógico.

—Se trata de un crimen muy inteligente, muy refinado.. ¿Ha visto el arma homicida?

—Sólo el extremo, que sobresalía apenas medio centímetro.

—Mide, en total, unos ocho centímetros, pero es más que suficiente para herir el corazón. Originariamente, fue un punzón, que alguien cortó de su mango, afilando la punta todavía más y haciendo en el otro extremo una especie de rebaba, como la cabeza plana de un clavo común y corriente. Esa rebaba impidió que se hundiera en el tapizado del sillón.

—Diabólicamente ingenioso —comentó el joven.

—Pero un crimen absurdo. Si Brennan no iba a heredar nada, no habría reparto de su porción de herencia. ¿Por qué matarlo entonces?

—Lo asesinaron antes de que se anunciara el destino del millón que faltaba. Todos creyeron, y yo también, que se lo llevaría August. Nadie se imaginaba que habría una Fundación que iba a recibir la parte del león.

—Eso está muy bien pensado. Quedaban cuatro hermanos y recibirían entre todos el otro millón. Shane, muchacho, ¿quién dijo que la sangre es más espesa que el agua? —comentó O'Grady burlonamente.

—Los lazos de sangre, a veces, no representan obstáculos contra un asesino, señor.

—Está bien. Abra los ojos y los oídos. La policía del pueblo no tardará en llegar. Yo me daré a conocer, pero seguiremos manteniendo el secreto para los demás. ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—Ande, vuelva adentro y póngase a espiar a los sospechosos, que

son todos.

—Incluso yo.

—¿Por qué no? También yo estaba allí, ¿verdad? Y uno de los presentes fue el que mató a Brennan —contestó O'Grady.

Halburton asintió y volvió sobre sus pasos. Cuando entraba en la casa, vio a Spann hablando con la señora Simpson.

CAPITULO VIII

—No me cabe duda, señora usted será una magnífica directora de Relaciones Públicas —dijo Spann—, Oh, ya sé que el dinero no tiene importancia para usted, puesto que ha heredado una suma muy elevada, pero sé que es una mujer que no puede permanecer mano sobre mano y el cargo le permitirá una actividad continua, sumamente grata y llena de incentivos.

—Eso espero yo también, señor Spann —contestó Maggie, con la mejor de sus sonrisas.

—Por favor, llámeme Mike —rogó el sujeto, a la vez que se inclinaba para besar galantemente la mano femenina—. Me disgustan los tratamientos protocolarios... Maggie.

Ella le retuvo la mano.

—Pase por mi habitación después, cuando se haya ido la policía, que está a punto de llegar. Le tendré preparado el cheque, Mike.

—Después de cenar.

—Si, en efecto.

Spann se marchó. Entonces, Halburton se acertó a la mujer

—Señora Simpson.

Maggie se volvió en el acto.

—Ah, es usted, Shane. ¿Le sucede algo?

—Perdóneme, señora, pero he oído mencionar algo sobre un cheque.

—Sí, aunque ése es un asunto estrictamente privado entre el señor Spann y yo —contestó ella rígidamente.

—Y le ha ofrecido el cargo de directora de Relaciones Públicas de la Fundación.

Maggie frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Es usted la segunda persona a la que hace la misma oferta en el espacio de una hora —dijo Halburton—, La primera le rechazó contundentemente, con la propina de una bofetada. El cheque, ¿será por cinco mil libras?

—Tengo dinero en el Banco ..

—Y dentro de dos semanas, aún tendrá más. Pero el señor Spann está agobiado por las deudas y necesita ese dinero

inmediatamente.

—Shane, ¿de dónde ha sacado usted tantos detalles? —preguntó Maggie, llena de curiosidad.

—No olvide que hice algunas investigaciones para su difunto hermano, señora.

—Ah, sí, ahora recuerdo... ¿Cree que Mike... el señor Spann, ha tratado de engañarme?

—Le daré un consejo: hable con Dora Teale. Oirá cosas muy interesantes de ese individuo. Hágame caso, señora; lo digo por su propio bien.

Maggie pareció sentirse muy impresionada por aquellas palabras. Vaciló un momento y luego hizo un gesto de aquiescencia.

—Voy a ver inmediatamente a esa joven —manifestó.

Halburton encendió un cigarrillo. Alguien se lo quitó en el acto.

—¿Puedo saber, o es secreto profesional, de qué hablabas con tía Maggie?

El joven sacó otro cigarrillo.

—Puedes, Prunella —contestó.

Y le explicó todo lo ocurrido. La muchacha se sintió muy preocupada.

—Tía Maggie es una mujer estupenda, pero un poco alocada, pese a que ya anda rondando el medio siglo. Si se descuida, ese embaucador la dejará sin plumas.

Halburton sonrió.

—Alguien dijo que la dejaría en cueros —contestó—. La frase es vulgar y hasta grosera, pero terriblemente exacta. No obstante, espero que sea sensata y siga mis consejos.

De pronto, se oyó un fuerte frenazo en el exterior. —Ah, ahí está la policía —añadió.

* * *

El cadáver de August Brennan había salido ya de la casa hacía mucho rato. Halburton estaba junto a la puerta del despacho, aguardando pacientemente a que la Policía terminase de interrogar a uno de los herederos. Al fin, se abrió la puerta y Lou Meedy salió al vestíbulo.

Halburton lo vio secarse el sudor de la frente con un pañuelo.

—Le han hecho sudar, ¿eh?

Meedy se volvió y le miró con ojos irritados.

—¿Le importa mucho? —preguntó.

—Según se mire.

—No tiene nada que mirar...

—Seguramente, no ha mencionado a la Policía la conversación que sostuvo ayer con Brennan, en el parque. Le pondría en un verdadero aprieto, me parece.

Meedy palideció espantosamente.

—¿Quién le ha dicho eso? —gritó.

—Se siente muy impresionado, ¿eh? ¿Por qué le llamaba Brennan tonto, imbécil y otras lindezas por el estilo? ¿Qué es lo que hizo usted mal?

El hombre pareció ir a desmayarse, pero logró una cierta recuperación.

—No... no era nada de importancia... Cosas nuestras...

—Brennan está muerto. ¿Qué sentido tiene ya ocultarlo?

—¿Le importa a usted mucho? —Meedy se sintió repentinamente desafiador—. No creo que eso sea de su incumbencia...

—Hice algunos trabajos para el difunto Wilbur Brennan. No sé cómo se comportaría con ustedes, pero yo le tenía cierto afecto. El que ha muerto hoy era su hermano. Y hermano de su esposa, y ustedes dos andan más bien escasos de numerario.

—Le gusta meter la nariz donde no le importa. ¿No se le ha ocurrido pensar que un día puede picarle una avispa?

—¿Con aguijón de acero?

Meedy volvió a palidecer.

—Si está pensando en que fui yo el asesino de August...

—No hay ninguna ley que me prohíba pensar así.

—Piense como guste, pero no se le ocurra hacerlo público, porque le demandaría por calumnia y entonces maldeciría el momento en que se le ocurrió una estupidez semejante.

—Es posible, pero tenga en cuenta que, cuando diga algo, estaré apoyado por pruebas irrefutables.

—Había más gente en el despacho. ¿Por qué tuve que hacerlo yo, precisamente? —exclamó Meedy con voz crispada.

—Eso, ¿por qué lo hizo?

Hubo un momento de silencio. Luego, con gesto brusco, Meedy metió la mano en el bolsillo de su chaqueta a cuadros.

Halburton temió que llegase a sacar una pistola, pero lo único que quería el sujeto era fumar. Sacó el paquete de cigarrillos, pero no le ofreció. Su nerviosismo era patente, apreció Halburton, al ver que el cilindro de papel y tabaco temblaba entre los labios de Meedy.

—Ya no tenemos que hablar más —dijo secamente, al expulsar su primera bocanada de humo.

—Lou, ¿qué hizo usted mal, en opinión de August? —preguntó Halburton, cuando el otro se encaminaba ya hacia la escalera.

Meedy se detuvo un instante, pero no volvió la cabeza. Luego siguió andando.

Corría al llegar a los últimos peldaños. Halburton se encaminó hacia la salida. Era conveniente prevenir al inspector.

Meedy parecía el culpable ideal y podía sentir la tentación de escapar de la casa.

* * *

La cena se desarrolló en un ambiente lúgubre, deprimente. Por orden de la policía, nadie podía abandonar Dunbar Court, hasta que se hubiesen aclarado ciertos extremos. Apenas si hubo conversación entre los comensales y la mayoría se retiraron presurosos a sus habitaciones, al terminar la refacción.

Halburton se quedó a solas un rato con Prunella. La muchacha se marchó poco después. Hodges asomó para ver si quería algo más.

—Sí, por favor —dijo el joven—. Deseo hacerle unas preguntas. Si no tiene inconveniente, claro.

—Ninguno, señor —accedió el mayordomo con su cortesía habitual.

—Gracias. Hodges, la muerte del señor Brennan, Wilbur me refiero, sigue siendo un misterio y yo pienso que la de su hermano tiene mucho que ver con ella.

—Modestia aparte, yo también pienso así, señor. Pero no sé en qué puedo ayudarle...

—Hay algunos puntos que me parecen un tanto confuso —dijo el joven—. El señor Brennan murió la noche del domingo.

—En efecto, señor, así fue. Se le encontró el lunes por la mañana y ya estaba frío... Bueno, quizá muriese en la madrugada del lunes...

—El forense dijo que era todavía domingo, cuando se cometió el asesinato. Pero Mr. Brennan estaba solo en la casa ¿Por qué?

—Bueno, hizo algo que no era muy corriente... Nos dio permiso a todos, para que pasáramos fuera el fin de semana ordenándonos que no volviéramos hasta el lunes por la mañana. Por eso se quedó solo.

—¿Lo hizo en alguna otra ocasión, que usted recuerde?

—Sólo una vez, hace dos años y medio. También nos dio permiso el fin de semana. Mejor dicho, nos lo ordenó. Creo que fue entonces cuando hizo instalar la nueva caja fuerte. Tenía algunos mecanismos especiales y no quería que nos enterásemos,

aunque sólo fuese por casualidad.

Halburton se quedó pensativo un momento. Sí, habían tenido que llamar a un especialista, para que abriese la caja fuerte, un técnico de la casa que la había instalado, pero no había aparecido nada que pudiera darles una pista sobre la identidad del asesino. Dos años y medio después, Brennan repetía la misma operación.

—Hodges —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Cree usted que durante ese fin de semana vino alguien a instalar algún aparato especial?

—Bueno, señor, la verdad es que si vi al hombre, pero fue en el preciso momento en que yo me marchaba, esto es, el viernes por la tarde. El tipo se llamaba Harvey Jones y vino con un par de cajas bastante grandes en su coche. Yo intenté ayudarle, pero el señor Brennan me lo prohibió y me dijo que me marchase inmediatamente. Además, cuando ya me disponía a abandonar Dunbar Court, corrió hacia mí y me pidió que no mencionase jamás la presencia del señor Jones en la casa.

Halburton entornó los ojos.

—De modo que aquel sujeto se llamaba Harvey Jones. ¿Lo conocía usted?

—No, señor, jamás lo había visto hasta entonces.

—Ni tampoco sabe o, por lo menos, se imagina a qué vino a Dunbar Court.

—En absoluto, señor.

El joven pensó en el pasadizo secreto, pero desechó la idea de inmediato. Aquel pasadizo era mucho más antiguo. NO, Jones no había tenido nada que ver con aquel túnel secreto. Pero, entonces, ¿a qué había venido a la casa?

Hablaría con O'Grady y le pediría que investigase acerca de Jones y que lo buscara. Sólo interrogando al interesado conocerían los motivos de su viaje a Dunbar Court.

—Gracias, Hodges, eso es todo —dijo al cabo.

—Buenas noches, señor —le deseó el mayordomo.

Halburton se sirvió después una copa de coñac. Pasado un cuarto de hora, subió a su habitación.

Prunella le aguardaba, sentada en una butaca.

—Quería decirte algo, Shane —manifestó.

Halburton emitió una amplia sonrisa.

—Soy todo oídos —repuso.

—La verdad, no sé cómo empezar... Después de todo lo que ha pasado, he recordado un detalle que entonces se me pasó por alto... Fue antes de mediodía. Tío Lou estaba en la biblioteca, hablando con su esposa... El se limpiaba las uñas con algo... Me pareció extraño que usara un clavo, pero ahora me doy cuenta de

que tuvo que ser la aguja que mató a tío August.

—¿Estás segura, Prunella?

—No me atrevería a jurarlo ante un tribunal, pero sí sé que no era una lima ordinaria, con punta, como las que se usan corrientemente. Precisamente, por eso mismo me extrañó... pero hay gentes que se las limpian con mondadientes o con una astilla de madera.

—Un punzón —murmuró él—. Quizá lo tenía ya preparado para una ocasión propicia. Pero, ¿cuál fue el motivo?

—Tendríamos que preguntárselo a él, ¿no te parece? Sin embargo, yo no me atrevo...

De repente, llamaron a la puerta.

Halburton se volvió, a la vez que extendía una mano.

—Quieta, Prunella.

La llamada se repitió. Halburton cruzó la estancia y abrió.

Spann apareció en el umbral. Halburton apreció inmediatamente que tenía la cara roja y no sólo a consecuencia de unas copas de más.

—De modo que usted es el miserable que ha estado contando mentiras sobre mi a la señora Simpson —dijo Spann rabiosamente.

—¿Mentiras? No sabía que ahora se llamase así a verdades como puños —contestó el joven con mordacidad.

—Hombre, me alegro que haya mencionado la palabra puños.

Spann sonrió torcidamente. De súbito, antes de que Halburton pudiera adivinar sus intenciones, le arreó un tremendo derechazo que lo lanzó de espaldas al suelo, con los pies por alto.

Prunella gritó y se fue hacia Spann, pero, en el mismo instante, se apagaron todas las luces.

Alguien lanzó un grito desgarrador, que se propagó por todos los rincones de la casa. Luego se hizo un silencio denso, ominoso.

CAPITULO IX

Halburton, en la oscuridad, sacudió la cabeza y se tanteó la mandíbula. Alguien chilló frenéticamente, pidiendo luces.

La voz de Hodges sonó en el vestíbulo.

—Calma, señores —rogó—. Debe de haberse producido un cortocircuito. Voy a revisar los fusibles...

Prunella hurgó en sus bolsillos y sacó un encendedor.

—¿Shane, estás bien?

El joven seguía en el suelo. Spann había desaparecido.

—Me ha atizado duro, pero ya se me está pasando —contestó.

—¿Por qué te ha pegado?

—Tiene algo que ver con tu tía Maggie. Ya te lo explicaré luego.

¿Has oído ese grito, Prunella?

La muchacha sintió un escalofrío.

—Si, parece que procede del cuarto de tía Emily...

Alguien salió al pasillo.

—¡Lou! ¿Qué os pasa?

Había una gran confusión y se oían voces por todas partes.

Halburton hizo un esfuerzo por levantarse.

—¿Dónde está Spann?

—Se ha marchado —contestó la chica.

De repente, se oyó un estridente alarido:

—¡Emily! ¡Contesta, Emily! ¡Por el amor de Dios, di algo! ¡Habla, no te quedes callada!

—Es tío Lou —dijo Prunella.

—Algo le ha pasado a mi hermana Emily —se oyó la voz de Maggie.

—Maldita sea, enciendan las luces... Traigan faroles, lámparas, lo que sea —bramó Kirr—. ¡Condenado mayordomo! Se ve que tiene que marcharse pronto de esta casa y no le importa ya todo lo que pueda suceder.

Prunella divisó una palmatoria con vela encima de una cómoda y la encendió con la llama del mechero. Halburton se la quitó cuando pasaba por su lado.

—Vamos allá —dijo.

Había mucha gente en el pasillo, frente a una puerta abierta de par en par. Cuando llegaban allí, Maggie salió tambaleándose.

—Está muerta, muerta... —sollozó.

Carol lanzó un grito y vaciló. Hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por su esposo.

—Cálmate, querida —dijo Kirr—. Ha sido una desgracia...

—Esto parece un matadero —comentó Dora, muy nerviosa—. ¿Estamos seguros aquí los demás?

Las luces volvieron bruscamente y sonó un grito unánime. Halburton apagó la vela, dejó la palmatoria a un lado y se precipitó en el interior del dormitorio.

Meedy estaba derrumbado en un sillón, terriblemente afectado al parecer, Halburton se sorprendió enormemente al no ver ningún cuerpo inanimado.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó

Meedy levantó una mano.

—Ahí, en el baño...

El joven se precipitó hacia el lugar indicado. Al asomarse a la puerta, vio a Emily, casi completamente sumergida en el agua, con un brazo fuera de la bañera. La mujer tenía el rostro enrojecido y sus ojos parecían haber estado a punto de saltarse fuera de las órbitas.

Lentamente, se acercó a ella y tomó su muñeca. Tardó algunos segundos en darse cuenta de que no había pulso en aquel cuerpo.

Prunella se asomó, lanzó una exclamación y se retiró instantáneamente. Halburton frunció el ceño.

Estuvo allí unos segundos; luego volvió al dormitorio.

—Señor Meedy, ¿qué ha pasado? —inquirió.

—Ha debido de ser un contacto eléctrico... Ella estaba muy nerviosa, después de todo lo que había sucedido hoy... Le aconsejé se tomara un baño para relajarse. Yo la esperaría en la cama y ella se metió en la bañera. Entonces la oí gritar, se apagaron las luces...

—La casa es vieja —manifestó Kirr—. Debe de haber sectores de la instalación eléctrica en malas condiciones.

—Admito lo primero, pero no lo segundo —exclamó Dora.

—¿Por qué? —preguntó Halburton.

—Tengo motivos para saberlo, y Hodges confirmará mis palabras

—respondió la joven— Hace cosa de un año, Wilbur ordenó una revisión a fondo de toda la instalación eléctrica. Puede decirse que instalaron un sistema nuevo. El fallo, en estas condiciones, es inconcebible.

—Además, no hay calentador eléctrico en el baño; el agua caliente viene de un depósito central —intervino Prunella.

—Pero puede haber algún cable suelto que no se haya visto —alegó Kirr.

Halburton volvió al cuarto de baño y lo examinó durante unos momentos. Luego regresó, estudió a Meedy durante unos segundos y, al fin, se le acercó.

—Señor Meedy...

El atribulado individuo levantó la cabeza.

—Dígame —contestó con voz muy débil.

—Levántese, por favor.

Meedy obedeció. Halburton alargó la mano y sacó algo del bolsillo izquierdo de su chaqueta. Prunella emitió una exclamación al ver aquel rollito de cable eléctrico.

—Dios mío, no puede ser...

—Sí —confirmó Halburton duramente—. El es el asesino de su propia esposa.

* * *

Sonaron palabras de asombro. Dora tenía la boca abierta.

—Quién lo iba a decir, con su pinta de mosquita muerta...

Kirr dio un paso, agresivamente.

—Pruébelo —exigió—. No le tengo ninguna simpatía, pero es mi cuñado y eso me obliga a defenderle.

—Hasta que se demuestre su culpabilidad, ¿no? —contestó Halburton—. Bien, voy a probarlo y tengan en cuenta todos que les tomo como testigos. En primer lugar, fíjense en que este trozo de hilo conductor está aún mojado. Quedarán rastros de la espuma que había en la bañera y serán debidamente analizados por los laboratorios de la Policía. Y este cable fue el que llevó la corriente a la bañera llena de agua y mató a la señora Meedy.

—Shane, ¿cómo lo hizo? —preguntó Dora.

—Es muy sencillo.

Halburton se acercó a una enorme, lámpara de pío, de bronce, y la trajo al centro de la estancia. El cable que debía sobresalir por la base, a fin de ser conectado a una toma de corriente, había sido cortado a ras de la plataforma que sustentaba el conjunto.

—Esta lámpara recibía la corriente de una toma situada en aquel rincón, mediante un cable de algo más de dos metros de largo, lo que permitía cambiarla de posición, según las necesidades del ocupante del dormitorio. Cuando se haga el análisis del cable, se verá que tanto el usado para matar a la víctima como el que aún queda en la lámpara, proceden de un mismo trozo. El deterioro, mínimo, ha sido idéntico en ambos fragmentos. Por tanto, el señor Meedy no tuvo sino que cortar el cable a ras de la lámpara y pelar los dos extremos, que separó cosa de unos centímetros, como todos ustedes pueden apreciar.

Halburton levantó en alto el extremo indicado del cable, en el que se veían los hilos de cobre en una extensión de tres o cuatro centímetros.

—Hay una clavija —continuó—, la que se conectaba a la toma de corriente del dormitorio. Y también se conectó a la que hay en el baño, para las máquinas de afeitar eléctricas. La distancia es suficiente para, después de haberla conectado, lanzar el otro

extremo a la bañera. El extremo en que había dos hilos desnudos, que se introdujeron en el agua y causaron la descarga eléctrica, que mató a la señora Meedy y, al mismo tiempo, produjo el cortocircuito que nos dejó sin luces durante unos momentos.

Maggie miró al asesino con ojos horrorizados.

—Tú... has sido capaz de matar a mi hermana... Era tu esposa...

—Fue un accidente —chilló Meedy—. Yo no lo hice...

Carol meneó la cabeza.

—No intentes negar la evidencia, Lou. Tú la mataste —acusó.

—Hay más pruebas —dijo Halburton serenamente—. Apenas se produjo la descarga fatal, Meedy corrió al baño y desenchufó el cable. Había cosa de un metro dentro del agua y el cable, naturalmente, goteó. Aún se ven las gotas al pie de la bañera, aparte de la humedad que les he hecho observar a ustedes, para que puedan declararlo algún día. Meedy sacudió el cable con una mano, pero no lo secó por completo; luego lo enrolló, y lo guardó en el bolsillo, porque era lo mejor que podía hacer, ya que no tenía tiempo para empalmarlo de nuevo, cosa que pensaba hacer más adelante. Pero ésa no es la única prueba.

Miró al asesino, hizo una corta pausa y añadió:

—Todos lo hemos oído. Usted declaró haber dicho a su mujer que la esperaría en la cama, mientras ella se bañaba. Entonces, ¿por qué está aún completamente vestido?

Prunella se puso las manos en la cara y miró a su tío con ojos muy abiertos. Meedy intentó defenderse.

—Bueno... iba a empezar a desnudarme...

—No, no fue así. Primero tenía que asesinar a su esposa, pero quizá no contó con que su acción provocaría un cortocircuito —contradijo el joven—. No estoy casado, pero en una situación semejante, los dos esposos empiezan a desnudarse más o menos simultáneamente. Usted debería estar ahora en pijama y no es así. Seguramente, porque mientras ella iba al baño, usted se aplicó a preparar la trampa eléctrica que le costó la vida.

—Shane, hablas como el mismísimo Sherlock Holmes —exclamó Dora, admirada.

De súbito, Meedy lanzó un rugido. Actuando inesperadamente, dio media vuelta y se abalanzó hacia la puerta, apartando con violencia a cuantos le impedían el paso.

Maggie cayó de espaldas con las piernas por alto, chillando desesperadamente. Carol emitió un aullido, al recibir un empujón en pleno pecho.

Sorprendido, Halburton tardó un segundo en reaccionar. Meedy llegaba ya a la puerta y parecía iba a conseguir sus propósitos de escapar. Entonces, alguien le cerró el paso, abrazándole con

fuerza.

—¡Quieto, amiguito! —dijo el inspector O'Grady. Sin de jar de sujetar al asesino, miró a Halburton—. Sargento, mucho me temo que vamos a tener que desvelar nuestra verdadera identidad.

El joven asintió.

—Sí, creo que ya es hora, jefe —contestó.

* * *

Los dos policías se habían llevado a Meedy a la planta baja y estaban en el despacho que había pertenecido al difunto Brennan. Meedy se hallaba en un sillón, completamente desmoralizado.

—Usted asesinó a August Brennan —acusó el inspector—. ¿Por qué lo mató?

Meedy tardó un poco en contestar.

—El... él no tenía tanto dinero como alardeaba. En realidad, estaba arruinado... Además, sabía que su hermano no le dejaría un solo penique en su testamento. Entonces, en un viaje que hizo, sin que nadie más lo supiera, me propuso hacerle un chantaje a Wilbur.

—¿Qué clase de chantaje? —preguntó Halburton.

—August conocía mejor los detalles. Era referente a una elevada suma, que Wilbur había conseguido años antes por medios poco lícitos. Nosotros queríamos que nos pagase una cantidad, por guardar silencio.

—¿Había pruebas de esa estafa? —terció O'Grady.

—August dijo que las tenía, pero que yo debía preparar el terreno, hablando con su hermano. Lo hice... pero Wilbur se rió en mis narices y me contestó que podíamos divulgar la noticia, pero que no le sacaríamos un céntimo. Además, lo había hecho demasiado bien, para que nadie pudiera acusarle legalmente..

—¿Y eso fue lo que enfureció a Brennan? —preguntó el joven.

—Sí.

—Pero no es suficiente para asesinarlo...

—August dijo que tenía una cinta grabada con nuestra conversación. Yo... temía a Emily, si se enteraba.. Por eso lo maté —confesó Meedy.

—Con el clavo aguzado —dijo O'Grady pensativamente—. Una idea diabólica.

—Pero de efectos mortíferos, jefe —dijo Halburton.

—Está bien. Ahora queda por aclarar el móvil de la muerte de su esposa. ¿Por que la asesinó?

Meedy respiró afanosamente.

—Emily se dio cuenta de que yo había matado a su hermano —contestó, terriblemente abatido—. Dijo que no me denunciaría, pero que pediría el divorcio, porque no podía seguir viviendo con el asesino de su propio hermano... Yo perdí la cabeza...

O'Grady miró al joven.

—Divorciados, él se quedaría sin una libra de la herencia —adivinó.

Halburton asintió.

—Y, en cambio, muerta Emily, él sería su heredero.

Meedy lanzó una inesperada exclamación de furor.

—Todo me salió mal siempre... Nunca pude salir de la miseria... Veníamos aquí, a mendigar unas libras a Wilbur... Se burlaba despiadadamente de nosotros... Una vez, me prometió doscientas libras... pero tuve que bailar encima de la mesa... Y Emily se puso de su lado y se rió con él...

Las lágrimas de rabia y frustración bailaban el rostro del sujeto. Halburton sintió una infinita compasión por aquel hombre.

Sin embargo, no podía olvidar que en una misma noche había matado a dos personas.

O Grady señaló al teléfono.

—Sargento, llame a Londres —dijo—. Terno que nuestra estancia en Dunbar Court ha terminado ya.

—Aunque seguirán las investigaciones por la muerte de Mr. Brennan —manifestó Halburton.

—Scotland Yard jamás da un caso por cerrado. Nuestros archivos son la memoria de un elefante, que no olvida jamás —contestó el inspector con acento sentencioso.

CAPITULO X

Dora terminó de calzarse los guantes y miró al joven sonriendo.
—No se puede decir que no hayamos tenido emociones en estos días —dijo—. Aparte de eso, lo he pasado muy bien. Lástima que... Pero quizá vengas a visitarme en Londres.

—Es posible —contestó Halburton.

Ella le recorrió críticamente con la vista, de los pies a la cabeza.

—Quién lo iba a sospechar... Scotland Yard, en peso, en esta casa... La verdad es que habéis sido muy listos, Shane.

—No lo creas. Han muerto dos personas, sin contar el vagabundo del estanque.

—Pero el asesino ha sido detenido. Y, ¿quién sabe?, también mató a Wilbur.

—Lo niega tajantemente y yo le creo. No, él no mató a Wilbur.

—¿Será un crimen misterioso, cuyo autor no se descubrirá jamás?

—Lo encontraremos, Dora —aseguró Halburton.

Hodges salió en aquel momento con las maletas de la rubia. Ella le tendió una mano.

—Ven a verme, Shane —insistió.

—Lo intentaré.

Dora se marchó. Prunella apareció a los pocos momentos, también lista para el viaje.

—La estancia aquí no ha sido muy agradable, excepto por una cosa sonrió la muchacha,

—En este mundo, nunca hay nada totalmente malo —filosofó él—. ¿Qué has encontrado de bueno en Dunbar Court?

—Un chico muy simpático —sonrió ella.

—Gracias. Yo podría decir lo mismo de ti, añadiendo, además, que eres muy bonita y me gustas mucho. Pero, de momento, me limito a pensarlo.

—¿Por qué, Shane? —se extrañó Prunella.

—Ahora eres una rica heredera.

—Bah, qué importancia tiene eso... Además, el dinero es para mis padres. Yo trabajo, sabes, y no pienso abandonar el empleo ¿Qué haría, todo el día, mano sobre mano? Me moriría de aburrimiento, créeme.

Spann pasó repentinamente junto a ellos, pero no dijo nada Prunella volvió la cabeza para mirarle, con la sonrisa en los labios.

—Se va echando chispas —dijo.

—Le queda una magnífica situación. Será director de la Fundación...

—Un miembro de la familia formará parte del comité directivo.

Haremos que se porte bien y fiscalizaremos rígida mente el menor de sus actos —aseguró la muchacha.

—Eso no le va a gustar. Prunella.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Tendrá que "aguantarse — contestó.

Los Kirr salieron en aquel momento.

—Prunella, muchacha, me alegro de haberte visto —dijo Carol.

Tendió la mano al joven—. Sargento...

—Señora, señor Kirr... —dijo Halburton.

El hombre pasó de largo, emitiendo un bufido. Prunella le miró con lástima.

—No sé de qué se queja. Hereda un montón de dinero y, además, parte de la parte correspondiente a la pobre tía Emily —dijo.

—Hay tipos eternamente descontentos de todo y de todos — correspondió el joven.

Maggie salió unos minutos después.

—Sargento...

Empezó a hablar, pero se calló de pronto. Parecía indecisa.

—¿Decía, señora? —preguntó Halburton, cortés.

Maggie miró a su sobrina, enrojeció y acabó por volverse hacia el joven.

—Creo que... le debo gratitud, sargento. Nunca me imaginé que Mike fuese...

—Es un vividor, tía —dijo Prunella con vehemencia—. Por desgracia, no podremos desprendernos de él totalmente, ya que, según el testamento, será el director de la Fundación. Pero le vigilaremos estrechamente, te lo aseguro.

Maggie asintió. Besó a la muchacha, estrechó la mano de Halburton y se marchó hacia el coche, cuya portezuela mantenía Hodges abierta respetuosamente.

—Bueno —suspiró Prunella—, creo que ha llegado la hora de la separación.

—Te telefonearé uno de estos días. Quizá te pida me invites a cenar.

Los ojos de Prunella chispearon.

—A mis padres les agraderá conocerte —se despidió.

Halburton quedó en el mismo sitio, pellizcándose el labio inferior. De pronto, sintió que le daban una palmada en la espalda.

—Muchacho, no se quede ahí parado. Nuestra tarea no ha terminado todavía —dijo O'Grady.

—Durará mucho, señor

—La acabaremos, créame.

—Al fin hemos identificado al muerto del estanque —dijo el inspector dos días más tarde.

—¿De veras? Eso es interesante, señor —exclamó Halburton.

—Se llamaba Ray Styllis y era el empleado, por llamarlo de algún modo, de un apostador profesional. No era precisamente un vagabundo, aunque tampoco podríamos calificarlo como espejo de honradez.

—Un pájaro de cuenta, vamos.

—Exacto.

—Pero, ¿qué hacía allí? Dunbar Court no era el lugar más apropiado para un tipo de esa clase. Y, por lo que sabemos, Mr. Brennan era enemigo declarado de toda clase de juegos y apuestas.

—Seguramente, Styllis iba a entrevistarse con alguien de la casa. Una persona que, presumo, debía dinero a su jefe. Esa persona se encontró en una situación apurada, en el momento menos conveniente, y lo mató, dejándolo luego en el estanque, para que pareciese un accidente.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—No.

—Convendría hablar con el jefe de Styllis. Quizá nos dijera algo.

—Ya lo he hecho yo —suspiró el inspector.

—¿Y bien?

—El hombre ha preferido callar.

—No puede hacerlo, señor —se asombró Halburton—. Callar el nombre de la persona que mató a Styllis es tanto como hacerse cómplice de un crimen.

—Sin un mínimo de pruebas, no le podemos inculpar de sospechas de complicidad. Pero podemos vigilar a los que estuvieron en la casa durante aquellos días. Investigaremos sus aficiones y alguno resultará aficionado a las apuestas.

—Y todos andaban escasos de dinero, a excepción, tal vez, de Prunella Stevens.

—Por lo cual, todos son sospechosos. Pero aún hay más, algo que pensé no iba a tener relación con nuestro caso, pero que, inesperadamente, ha resultado. Si tiene muchísimos puntos de contacto.

—¿De veras? ¿Qué es, jefe? —preguntó el joven ansiosamente.

—Sin duda, recordará el asesinato de un tipo llamado Harvell Jones. El asesino revolvió su taller, pero, al parecer, no se llevó nada, por lo que queda descartado el motivo del robo, como motivo. La viuda dijo que, en su opinión, no faltaba un solo papel, ni aun el más insignificante.

—Quizá un ajuste de dientes, señor.

—Es probable, aunque lo dudo mucho. Jones era un hombre decente y jamás se había visto mezclado en asuntos turbios. No obstante, lo que hace el caso mucho más atractivo, es que la bala que le causó la muerte, salió de la misma pistola que fue usada para matar a Mr. Brennan.

Halburton abrió unos ojos como platos.

—¡Atiza! —exclamó, sin poder contenerse.

—Interesante, ¿verdad? —sonrió O’Grady—. Ya tenemos una pista y a un montón de agentes, rastrillando el barrio, para encontrar testigos que pudieran haber visto al asesino, el día del crimen. Porque si encontramos al asesino de Jones, habremos dado con el de Mr. Brennan.

—La pistola pudo cambiar de dueño después del primer asesinato —observó Halburton.

—Posible, pero no probable.

—¿Por qué, señor?

—Sospecho cierta relación entre esos dos crímenes —respondió el inspector—. Recuerde, Jones estuvo en Dunbar Court aquel fin de semana en que Mr. Brennan se quedó solo.

—Bien, señor, si me permite, voy a hacerle una sugerencia. Yo iré a hablar con la viuda de Jones. Ella, seguramente, sabrá por qué fue su marido a Dunbar Court. Incluso es probable que tenga alguna anotación en sus libros, referente a ese viaje.

—Muy bien pensado —aprobó O’Grady.

—Y luego hablaré con cierta persona que, me parece, tiene que saber algo acerca del apostador profesional.

—¿Puedo preguntarle el nombre, sargento?

Halburton sonrió y se lo dijo. O’Grady levantó las cejas.

—Tenga cuidado —advirtió.

—Oh, la entrevista se celebrará... fuera de las horas de servicio, señor —contestó el joven maliciosamente.

* * *

Dora Teale abrió la puerta y lo primero que vio fue un monumental ramo de flores. Se puso de puntillas y pudo ver los ojos del visitante.

—No te había conocido, Shane —dijo.

—Es mi *camouflage* habitual, cuando voy a ver a una chica guapa —respondió él—, Pero ésta no es la única sorpresa de la noche. Dora.

—¿Hay más?

—Lo sabrás en seguida, si me dejas pasar.

—Oh, perdona...

Dora se apartó a un lado. Luego cogió las flores, olió un poco y se fue hacia un jarrón.

—Siéntate y ponte cómodo. ¿Puedes beber o estás de servicio? —consultó.

—En estos momentos, soy un ciudadano común y corriente... Bueno, no exactamente, porque no todos los ciudadanos tienen la suerte de estar con una chica tan guapa como tú, Dora.

—Gracias —se esponjó ella—. La verdad, no pareces un policía.

—Los policías somos seres de carne y hueso.

—A veces, lo dudo, Shane.

—Es la verdad... —De pronto, él se pegó una palmada en la frente—. Perdona, lo había olvidado —exclamó—. ¿Puedo hacer una llamada?

—Claro.

Halburton se levantó de nuevo, fue hacia el teléfono y marcó un número. A los pocos momentos, empezó a hablar:

—¿Inspector? Soy Halburton... Sí, he estado con la señora Jones. Ella dice que su marido jamás fue a Dunbar Court y que nunca oyó hablar de Brennan, incluso me permitió consultar el libro donde anotaba sus trabajos. Jones era un hombre melódico y no habría dejado de anotar el viaje a Dunbar Court... Hombre, sí, es posible que Brennan le pagase más dinero por callar, pero, ¿qué objeto tendría no hacer la anotación? De todos modos, a estas alturas, la señora Jones ya no tiene por qué mentir... Personalmente, creo que dice la verdad... Gracias, jefe. Ah, usted se refiere a la persona que tiene que darme informes sobre Styllis... Ahora estoy con ella; ya le llamaré más tarde. Adiós, jefe.

Dora le entregó un vaso al terminar la conversación.

—¿Quién es Styllis y por qué, según parece, soy yo la persona que ha de darte informes de ese tipo? —preguntó.

Halburton lomó un sorbo y luego la agarró por un brazo, para llevarla hasta el diván.

—Escúchame, Dora. Ray Styllis era el vagabundo al que encontramos muerto en el estanque. Fue un crimen y el asesino le despojó de toda su documentación a fin de retrasar en lo posible su identificación.

—Pero no comprendo qué tengo que ver yo con esa muerte, a menos que sospeches de mí —alegó Dora.

—No, en absoluto sospecho de ti. Styllis era el cobrador de un apostador profesional, llamado Eric Hines, alias El Granos. No por los que tenga él en la cara, sino por los que hace salir a los deudores morosos, cuando les pone en un aprieto para que le paguen. Y en Dunbar Court había alguien que debía dinero a Hiñes. Ese sujeto vio que Styllis podía ponerle en un brete y pensó que lo mejor era

eliminarlo.

—Y tú quieres que yo te diga...

—No me gustaría ofenderte, pero sé que Wilbur estaba muy bien enterado de la vida y milagros de sus hermanos y futuros herederos. Quizá te dijo algo; sé que era un hombre que se irritaba mucho cuando hablaba de su familia y eso, seguramente, le haría ser locuaz.

Dora sonrió.

—Eres un tipo astuto, Shane —contestó—. Sí, lo que has dicho es cierto. Desde luego, yo no conocía el nombre del apostador profesional, pero sé que los Kirr y Maggie solían jugar con frecuencia y parece lógico que contrajeran deudas. También Mike Spann apostaba bastante.

Halburton entornó los ojos.

—Parece que los hermanos deben quedar descartados, puesto que sabían iban a heredar un buen montón de libras. Nos queda Spann —dijo.

—Spann también esperaba recibir dinero. No tanto como los hermanos, lógicamente, pero sí lo suficiente, estimo, como para salir a flote y liquidar sus deudas.

—Entonces, si no había por qué sentir temor del apostador, ¿qué le empujó al asesino a cometer su crimen? —murmuró el joven pensativamente.

—Lo siento, no puedo contestarte —manifestó Dora.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Halburton se puso en pie

—Deja, yo abriré.

Cruzó la sala, abrió y un hombre, cargado con una bandeja cubierta con un blanco mantel, apareció en el umbral. Halburton le dio una buena propina y se apoderó de la bandeja.

—¿Qué es eso? —preguntó Dora, extrañada.

Halburton le guiñó un ojo.

—Quise evitarte molestias y encargué cena para dos. Esa es la sorpresa —explicó.

—Bandido —rió ella, muy complacida—, ¿Qué más, Shane?

—Hace un tiempo horroroso. Llueve a cántaros, truena y relampaguea, los ríos están desbordados y yo no puedo regresar a casa.

Dora se levantó, miró a través de la ventana y se volvió hacia el joven.

—Sí, tienes razón; está cayendo una gran tormenta —dijo.

Fuera hacía un tiempo espléndido; no se veía una sola nube y las estrellas brillaban rutilantemente.

—Pero sólo tengo un dormitorio —añadió ella.

—Dormiré en el diván —dijo Halburton.

—¡Que te crees tú eso! —exclamó Dora con ojos muy brillantes. Por la mañana, sin embargo, tenía los ojos húmedos.

—Adiós, Shane —dijo—. Creo que no nos veremos más. Tú te casarás con esa chica tan preciosa y... Bueno, nunca me hice ilusiones.

Halburton la besó en una mejilla.

—Eres una mujer maravillosa y un día encontrarás al hombre que te mereces —aseguró.

Luego, cuando entraba en su coche, se preguntó si se realizaría la profecía de Dora. La idea de casarse con Prunella no le disgustaba en absoluto.

CAPITULO XI

Halburton pensaba en Prunella y en el pretexto que emplearla para llamarla y ver de invitarse a cenar en su casa, tal como habían acordado, pero fue la muchacha quien le llamó a él, apenas había entrado en su despacho.

—Shane, tienes que venir en el acto —dijo Prunella.

—¿Sucedo algo? —preguntó Halburton, un tanto alarmado.

—Tía Maggie me ha llamado. Dice que tiene que comunicarme algo muy importante, pero no quiere decírmelo por teléfono.

—¿Crees que debo ir contigo, Prunella?

—A decir verdad, sí. Me siento muy aprensiva; ella parecía muy nerviosa, casi a punto de estallar... y no sé por qué, Shane.

—Está bien, no te muevas de casa. Pasaré a recogerte inmediatamente.

Halburton se asomó al despacho de su superior, pero O'Grady no estaba en aquel momento. Garrapateó una nota en una cuartilla, la dejó bien a la vista y luego corrió en busca de la salida.

Media hora más tarde, vio a la muchacha en la puerta de su casa. Detuvo el coche y abrió la portezuela. Prunella se sentó a su lado.

—Arranca, yo te guiaré —dijo.

—Muy bien, pero me tienes que contar lo que sucede —pidió él.

—Ya te lo he dicho; tía Maggie parecía muy nerviosa, asustada, diría yo.

—¿Se te ocurre alguna causa, Prunella?

—No. Era una mujer que había superado el trauma de la muerte de su esposo y volvía a ser la misma de siempre: alegre, jovial, comunicativa... Pero pareció perder esas virtudes a poco de llegar a Dunbar Court.

Halburton entornó los ojos.

—Quizá ese cambio de actitud tenía algo que ver con su afición a las apuestas de caballos —apuntó.

—¿Cómo? ¿Jugaba tía Maggie? —se asombró Prunella.

—¿No lo sabías?

—En absoluto, no tenía la menor idea, Shane. ¿Quién te lo ha dicho?

—No olvides que soy un policía y que la muerte de tu tío Wilbur está todavía sin desvelar. Y yo sospecho que ese asesinato es el centro de gravedad de los otros que se han cometido. Es decir, fue el detonante que desencadenó otros crímenes, aunque ya hemos detenido al autor de dos de ellos.

—Pero tío Lou no mató al vagabundo ni a su cuñado Wilbur, ni tampoco a Jones.

—No, ciertamente que no. Sin embargo, si Mr. Brennan siguiese con vida, no se habrían cometido los demás asesinatos. Pero, Prunella, tía Maggie no era la única aficionada a apostar. Tu tío Philip Kirr también jugaba... y debía bastante dinero.

Halburton le explicó quién había sido en realidad Styllis. La muchacha se quedó pasmada.

—Me parece increíble —dijo, abrumada.

—Muchas personas llevan una especie de doble vida y pocos lo saben. Styllis era uno de los que lo sabía; por eso murió.

—Una muerte que no tiene sentido. Todos iban a recibir dinero; pagarían las deudas y...

—Quizá Styllis se propasó en sus amenazas. Acaso sobrevino una discusión entre él y el deudor y el diálogo degeneró en una pelea, a consecuencia de la cual, Styllis perdió la vida. Lo sabremos cuando encontremos al asesino o quizá antes, después de haber hablado con tu tía Maggie.

Prunella asintió.

—Shane, francamente, me siento muy mal. Estoy deseando que pase todo para empezar a olvidar. A veces pienso que me habría gustado tener poderes sobrenaturales, para no ser sobrina de tío Wilbur.

—Eso es algo que no está en tu mano conseguir —dijo él sentenciosamente—, Pero sí puedes armarte de valor y tratar de superar esta crisis. No eres mujer que se deje abatir fácilmente, al menos, eso es lo que me parece.

—Quizá necesite un poco de ayuda, Shane —sonrió Prunella.

—Te daré toda la que esté a mi alcance —aseguró Halburton.

Maggie vivía en las afueras de Londres. Casi tardaron una hora en llegar a su casa, un edificio aislado, de una sola planta y rodeado por un pequeño jardín.

—Una casita preciosa, como la que me gustaría a mí tener algún día —dijo Halburton, a la vez que abría la puertecita de madera pintada de blanco.

Prunella pasó delante. Llegó a la puerta y tiró del cordón de la campanilla, pero no obtuvo respuesta.

Insistió varias veces.

—¿Se habrá marchado tía Maggie sin esperarme? —murmuró aprensivamente.

Halburton se acercó a una de las ventanas contiguas y acercó la nariz al cristal. De pronto, se puso rígido.

—Tía Maggie está ahí —dijo—. Pero será mejor que no mires, PRUNELLA:

—Shane, ¿qué sucede? —gritó la muchacha.

Halburton demoró la respuesta unos segundos. Prunella había dicho poco antes que tía Maggie tal vez se había marchado. Era cierto, pero no en la forma que ella había supuesto.

Tía Maggie se había ido y no por su voluntad, sino empujada por la bala que alguien le había disparado al centro de la frente.

* * *

Halburton entró en el despacho del inspector. O'Grady le entregó un papel.

—Arreste a este hombre —ordenó.

El joven leyó el documento.

—¿Spann?

—En efecto.

—De modo que fue él.

—Ya no hay dudas. Llévase los hombres que precise, pero tráigalo inmediatamente.

—No será necesario, jefe. Puedo hacerla yo solo.

O'Grady levantó el índice.

—Es un asesino. Se sentirá desesperado. Tiene un arma. No lo olvide, muchacho.

—Lo tendré en cuenta, señor.

Halburton se dispuso a salir, pero, de pronto, volvió a darse la vuelta.

—Jefe...

—¿Sí? —contestó O'Grady.

Halburton agitó el papel que le había entregado su superior.

—Aquí menciona el asesinato de Mr. Brennan —dijo.

—Es lo que queríamos, ¿no?

—Yo pensé que se le iba a detener por la muerte de Maggie Simpson, señor.

—Nos contentaremos con probar que asesinó a Mr. Brennan. Sera más que suficiente para enviarlo a la cárcel por el resto de sus días.

El joven salió, pero no se sentía demasiado satisfecho. No estaba seguro de que fuese Spann el autor de un crimen que tantos dolores de cabeza les había proporcionado. Sin embargo, creía más posible fuese el asesino de Styllis. Incluso de Maggie Simpson. Pero, ¿matar a Brennan?

Todavía sumido en un mar de dudas, fue a casa de Spann. Cuando llegaba, lo vio salir y dirigirse a su coche. Una súbita corazonada le hizo seguirle, en lugar de precipitarse sobre él y arrestarlo en el acto.

Spann no se dio cuenta de su presencia ni tampoco se enteró de

que estaba siendo seguido. Unos veinte minutos más tarde, el sujeto detuvo su coche en cierta calle, frente a un establecimiento en el que se vendían aparatos e instrumentos electrónicos, así como cámaras de fotografía y de cine. En el rótulo aparecía el nombre de H. Jones.

Halburton frunció el ceño, porque no entendía las intenciones de Spann. Este se apeó y entró en la tienda. El joven decidió seguirle. Entró también, aunque con un pañuelo en la boca, simulando estar resfriado, a fin de no ser reconocido. Spann hablaba con el dueño, el cual negó la respuesta que se pedían.

—Soy un profesional de los pies a la cabeza y nunca traiciono a un cliente —respondió el dueño de la tienda,

—Escuche, le daré...

—No tiene que darme nada. Lárguese o llamaré a la policía.

Spann pareció enfurecerse, pero no tuvo tiempo de decir nada.

—La policía ya está aquí —anunció el joven, quitándose el pañuelo de la cara—. Señor Spann, le detengo acusado del asesinato de Wilbur P. Brennan. ¿Quiere que le diga lo que sigue o es usted lo suficientemente culto para imaginárselo?

Spann se puso rígido.

—Sargento, comete usted una terrible equivocación —contestó.

Jones estaba con la boca abierta.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿El lo hizo?

—Así parece —dijo el joven. Sacó unas esposas y amanilló al acusado rápidamente—. Lo siento, son órdenes superiores y, además, tengo el mandato judicial correspondiente.

—Están equivocados, sargento. Yo no lo hice...

—Ya se lo explicará al juez. Salgamos, por favor, señor Spann.

El hombre pareció resignarse.

—Probaré que no lo hice yo. Tengo una coartada.

—Mejor para usted. Sin embargo, podrán acusarle de otras muertes: de la de Styllis, de la de Maggie Simpson...

Halburton registró a su prisionero y le sacó una pistola calibre 32.

—Habrá una comparación balística —añadió.

La cara de Spann se puso gris.

—¿Por qué asesinó a Maggie? —inquirió el joven.

Spann bajó la cabeza.

—Ella... me vio matar a Styllis... Amenazó con denunciarme... Tuve que hacerlo...

—¿Y calló todo ese tiempo? —se extrañó Halburton—, ¿Por qué?

—Adivínelo, hombre —respondió Spann malhumorado—. Aunque usted la convenció para que no me diese el dinero en

Dunbar Court, ella quería tenerme a su lado. Yo ya no podía volver; también tengo mi orgullo, pero cuando dijo que me denunciaría, perdí la cabeza..

Halburton asistió. Sí. .la alocada tía Maggie había querido volver a sus años de juventud, con aquel hombre tan atractivo y arrogante, pese a sus defectos, pero no había contado que un tipo como Spann también podía tener su amor propio.

—De modo que le vio matar a Styllis.

—Me vio salir de la habitación pasada la media noche... Styllis dijo que iba a verme y yo le indiqué la hora y el lugar. Ella me siguió, sin que me diera cuenta... pero entonces, maldita sea, no me dijo nada...

Halburton hizo un gesto de pesar. La gente se empeñaba en complicar estúpidamente situaciones que no tenían nada de complicadas. Demasiadas horas ociosas, aburrimiento, cantidades de dinero de por medio, mujeres celosas, pérdidas en las apuestas...

—Tendrá que explicar muchas cosas ante un tribunal —aseguró.

—La acusación sobre la muerte de Brennan es un disparate. En cuanto a las otras dos, habrá que probarlas —contestó Spann altaneramente.

Halburton estuvo a punto de decirle que se mostraba de acuerdo con él en la primera parte de su respuesta, pero era un funcionario de la Policía y no podía hablar de semejante manera.

—Vámonos —dijo

Salieron a la calle. Algunos curiosos se detuvieron al ver a un hombre con las esposas puestas. Un guardia de uniforme se acercó y ofreció su servicios, cuando el joven se hubo identificado. De pronto, Halburton recordó algo.

Volviéndose en redondo, contempló la muestra del establecimiento. Luego se dirigió al policía.

—Agente, por favor, custodie al prisionero durante unos momentos. Tengo que interrogar al dueño de esta tienda.

—Bien, señor.

Halburton entró en el loca!. Su dueño le miró interesadamente.

—¿Es usted Jones? —preguntó el joven.

—Sí, señor.

—¿Qué significa la H. del rótulo?

—Harvey, mi nombre, naturalmente.

—Me parece que ya he encontrado la solución —sonrió Halburton, a la vez que enseñaba sus credenciales—. Señor Jones, antes habló al otro hombre del secreto profesional —le recordó.

—En efecto. En ocasiones, hago ciertos trabajos reservados para

mis clientes y, como comprenderá, no voy a contárselo al primero que me lo pida. Me quedaría muy pronto sin trabajo.

—Es lógico, pero si quien se lo pide es la ley, ¿rehusará usted contestar a las preguntas que se le hagan acerca del trabajo que realizó para Wilbur P. Brennan?

—Por supuesto que no, sargento.

Halburton sonrió. Alguien se había confundido, aunque lo triste era que un hombre había muerto, precisamente a causa de dicha confusión. Pero ahora creía tener en sus manos la solución del enigma. Ahora, se dijo, podría aclarar la misteriosa muerte de Mr. Brennan.

—Por favor, señor Jones, ¿quiere contármelo todo? —rogó cortésmente.

CAPITULO XII

El inspector O'Grady lanzó un bufido y dijo que no le parecía adecuado. Halburton insistió en que era el mejor plan y que debían ponerlo en práctica, antes de que el asesino se diese cuenta. Al final, O'Grady cedió y los dos hombres se dispusieron a viajar a Dunbar Court.

—A fin de cuentas, tiene al asesino de Styllis y Maggie Simpson. Las muertes de August Brennan y de Emily Meedy ya están aclaradas también. Sólo falta la que ha hecho más ruido en este caso —alegó el joven, sin dejar de estar atento a la conducción del coche.

—Pero el asesino puede que no caiga en la trampa...

—Se meterá de bruces en ella, señor —insistió Halburton—. Cuando se dé cuenta del error cometido, tratará de enmendarlo, porque sabe que le va en ello una condena de por vida.

—Espero que sea como dice —refunfuñó O'Grady—. Porque si fallamos, ya podemos irnos entrenando para picar piedra en una carretera.

—No sea pesimista, hombre. Además, eso se hace hoy día con máquinas. El asesino caerá, se lo aseguro.

O'Grady juntó las manos y simuló orar.

—Dios le oiga —deseó.

Al atardecer, llegaron a Dunbar Court. La mayor parte de la servidumbre se había despedido y sólo quedaban Hodges y una sirvienta de mediana edad. Halburton les ordenó retirarse a sus habitaciones y no salir para nada hasta nueva orden.

—Pase lo que pase, permanecerán allí hasta que yo vaya a buscarles —dijo— Si no quieren permanecer a oscuras, cierren los postigos y mantengan las cortinas corridas. ¿Está claro?

Hodges y la sirvienta se retiraron en el acto. Halburton, acompañado por el inspector, fue al gabinete privado de Brennan y empezó a trabajar inmediatamente.

Una hora más tarde, tenía todo listo. Consultó su reloj.

—Ahora sólo falta él —dijo.

De repente, se oyó el ruido de un coche que se detenía frente a la casa. Halburton hizo una seña al inspector y corrió hacia la entrada.

Alguien llamó a la puerta poco después. El joven permaneció en silencio.

Pasados unos segundos, la puerta empezó a abrirse. Sonó una voz femenina:

—¿Es que ya no queda nadie en la casa?

—¡Prunella! —gritó Halburton, atónito.

La muchacha se volvió no menos estupefacta.

—¡Shane! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

—¿Y tú? ¿Por qué has venido a estas horas?

—Tiene una explicación muy sencilla. Al marcharme, olvidé en el dormitorio una polvera de oro, con mis iniciales. Fui a visitar a una amiga, que vive relativamente cerca de aquí y al regresar, pensé que podía desviarme unas pocas millas... Shane, ¿qué es lo que está ocurriendo? —preguntó ella, muy intrigada.

Halburton apagó las luces que había encendido y la agarró por un brazo.

—Tendrás que esperar más tiempo del que te imaginabas —contestó—. Luego te explicaré todo, no te preocupes.

Llevó a la muchacha al despacho y le pidió las llaves, para retirar el coche fuera de la vista. O'Grady se quejó de aquella imprevista acompañante, pero el joven no quiso encerrar a Prunella.

—Es de la familia y tiene derecho a saber lo que sucedió —alegó. Momentos más tarde, volvía al despacho. El automóvil de Prunella estaba ya en el garaje. Cuando vio a la muchacha, procuró tranquilizarla, ya que ella se sentía nerviosísima.

—No te apures, todo saldrá bien —dijo.

—Eso espero —refunfuñó O'Grady.

Una media hora más tarde, volvió a oírse el ruido de un automóvil.

—Ahí está, tiene que ser él —susurró Halburton.

* * *

Sonaron pasos en el vestíbulo. Halburton asió la mano de Prunella y la apretó, para darle ánimos. A los pocos momentos, se abrió la puerta del despacho.

Alguien encendió una linterna y la enfocó sobre la estatua. El sujeto permaneció unos momentos inmóvil y luego empezó a andar. Repentinamente, se encendió la luz de un proyector.

Unas imágenes empezaron a proyectarse en una pantalla situada en la pared opuesta. Con ojos desorbitados por el asombro, Prunella vio que se abría un panel secreto en aquella pared y que asomaba un hombre, armado con una pistola.

Las imágenes eran perfectas. El hombre dio unos pasos y se situó frente a la mesa. Movié los labios, pero la película era muda y no se captaron sus palabras. Repentinamente, apuntó con la pistola y apretó el gatillo.

A continuación, el asesino fue hacia la puerta, cerró con llave y

dejó ésta sobre la mesa. Luego desapareció por la puerta secreta. Entonces, se suspendió la proyección y alguien encendió las luces.

—Y así, señor Kirr —dijo el inspector—, se aclara la misteriosa muerte de Mr. Brennan.

—Tío Philip —musitó Prunella, abrumada por el horror.

Kirr estaba lívido.

—Me tendieron una trampa —adivinó.

—Sabíamos que usted no podría resistir a la llamada de Harvey Jones que vendría aquí —contestó O'Grady—. Naturalmente, cuando el señor Jones le llamó, nosotros ya habíamos encontrado la cámara y revelado la película. Pero queríamos que viniese a buscarla, para asegurarnos por completo de que era usted el culpable.

—En el filme no se ve a la víctima —alegó Kirr.

—Ciertamente, pero se encontró en su cuerpo un proyectil que, por casualidad, resultó haber salido de la misma pistola que se usó para matar a Harvell Jones, el sujeto que tenía para su infortunio, un nombre muy parecido al de Harvey Jones y que también se dedicaba a lo mismo. Usted se enteró, aunque demasiado tarde, que había sido instalada una cámara secreta en este despacho, y quiso recobrarla, temiendo que su estancia aquí hubiese sido registrada. Pero se equivocó de hombre, seguramente, porque entendió mal a Hodges. ¿Me equivoco, Kirr?

El asesino hizo un tremendo esfuerzo para hablar.

—Me equivoqué, es cierto —admitió.

—¿Cómo sospechó la existencia de esa cámara?

—Comenté con Hodges en más de una ocasión la ausencia de la servidumbre en aquel fin de semana. Hodges mencionó entonces a Jones. Yo busqué en la guía telefónica y entonces sospeché lo que había hecho el bribón de Wilbur.

—Eso explica la muerte de Jones, pero no la de Brennan. ¿Por qué lo mató?

—Me había amenazado con dejarnos sin un penique en el testamento. Lo mismo que le, hizo a su hermano August. No podía consentirlo.

—Alguna causa habría para tal decisión, ¿no?

Kirr desvió la mirada.

—No quería prestarnos unos miserables cientos de libras... Debíamos dinero y no sabíamos cómo conseguirlo...

—Y usted conocía la existencia del pasadizo secreto —dijo Halburton.

—Me lo enseñó el propio Wilbur, hace muchísimos años, cuando me casé con su hermana Carol. Entonces nos tenía bastante aprecio y hasta parecía otro hombre. Luego, su posición

le convirtió en un tipo engreído, insoportable...

—El cual les había amenazado con desheredarlos, según ha dicho usted mismo. Pero Mr. Brennan tenía unos cincuenta años y la salud de un toro joven. Ustedes no podían esperar veinte o veinticinco años a que muriese de forma natural; por tanto, esperar al testamento tantos años, era algo utópico... a menos que supiese algo sobre la salud de su cuñado.

—Estaba sentenciado —gruñó Kirr—, Le quedaba menos de un año de vida y ya no había nada que hacer Sin embargo, habría tenido el tiempo suficiente para modificar su testamento.

Halburton se volvió hacia su jefe.

—Inspector, ¿cómo es que no advirtieron la enfermedad en la autopsia? —exclamó.

—Brennan murió de un balazo y era todo lo que interesaba al forense. También buscó huellas de narcóticos, por si le habían dormido antes de asesinarlo, pero, ignorando la enfermedad que padecía, no se molestó en un examen más profundo.

—Por favor —rogó Kirr—, Hay algo que siempre me ha tenido desvelado y que no he podido averiguar hasta ahora. ¿Dónde estaba la cámara?

—En la cabeza de la estatua —respondió Halburton.

—Cielos —respondió Prunella—. Ahí...

—Yo no pude hablar con el escultor, porque está en Italia; de lo contrario, habría sabido que la cabeza está hueca y que se puede separar fácilmente del tronco, mediante una rosca, realizada con tan habilidad, que es punto menos que imposible ver la separación, si no se está advertido previamente.

La cámara, lógicamente, es del tipo miniatura, accionada por control remoto, el cual está situado en un lugar discreto de la mesa. Cuando se acciona ese control, el párpado derecho se alza y el objetivo queda descubierto, a fin de que la cámara pueda registrar las imágenes deseadas. Si el escultor realizó la estatua, Jones, en aquel fin de semana, se aplicó a la instalación que harta funcionar la cámara —concluyó Halburton.

—Pero, ¿qué objeto tenía registrar ciertas imágenes? —exclamó Prunella.

—Wilbur quería tener constancia de la visita de algunas personas —contestó el joven—. Era hombre desconfiado, pero poco previsor, porque no había hecho instalar también un equipo de sonido. Claro que tal vez pensaba hacerlo más adelante, pero el señor Kirr no le dio tiempo.

—En tal caso, nunca sabrán lo que le dije —exclamó el asesino.

—Olvida usted que hay especialistas en la lectura de los labios —dijo O'Grady.

Kirr pareció sorprenderse. Miró de un lado a otro y luego, de súbito, sacó una pistola.

—¡No se muevan! —amenazó—. Si alguien pestañea siquiera, le meteré una bala en la cabeza.

—Señor Kirr, no empeore usted más su situación... —empezó a decir Halburton.

—¡Al infierno con ustedes! —gritó el sujeto—. Voy a intentar escaparme y no permitiré que me persigan.

Se acercó a la mesa y, de un tirón, arrancó los cables del teléfono. Luego retrocedió lentamente hacia la salida.

Prunella se agitó, pero Halburton la agarró por un brazo, evitando así que cometiese una imprudencia. Kirr parecía dispuesto a todo y no convenía enfrentarse con un sujeto que tenía un arma en la mano.

Kirr desapareció de la vista. Entonces, Halburton corrió hacia una de las ventanas y agitó una mano. Alguien vio su señal.

Bruscamente, se oyeron algunos gritos en el exterior:

—¡Alto, deténgase! ¡Tire el arma!

Sonaron varias detonaciones. Luego volvió el silencio.

O'Grady fue el primero en hablar.

—Pobre estúpido... Creyó que nos pillaría desprevenidos...

Alguien llegó al despacho y miró al inspector.

—Lo siento, señor; ese hombre disparó contra nosotros y tuvimos que defendernos...

—Nadie se lo reprochará, muchacho —contestó O'Grady. Miró a Halburton y a Prunella, quien tenía la cara oculta por sus manos —. Quédese con ella, sargento — indicó, comprensivo.

—Gracias, jefe.

Algunos días más tarde. Halburton llamó por teléfono a la muchacha.

—¿Cómo te encuentras, Prunella?

—Empiezo a recobrarme, gracias, Shane —respondió ella.

—Lo celebro.

—He pasado una temporada infernal. Ha sido una verdadera matanza en la familia.

—De la cual tú no eres culpable, por supuesto. Ya se pasará todo; acabarás por olvidarlo. Los años son como una esponja húmeda, que borra los malos recuerdos más pronto de lo que te imaginas.

—Espero que sea como dices, Shane.

—Será, te lo aseguro. Y, a propósito, ¿puedo hacerte una pregunta? —consultó Halburton.

—Claro, lo que quieras —accedió Prunella.

—¿Cuándo me invitas a cenar en tu casa? Tengo ganas de conocer a tus padres...

Halburton no podía ver a la muchacha, lógicamente, pero creyó percibir una suave sonrisa en su rostro al recibir la respuesta:
—Ven esta misma noche, Shane.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**